

"Las grandes historias se escriben tras vivirlas".

Pelillos al café



goya red summer

Pelillos al café

Goya Red Summer

A ese día con los nervios a flor de piel.

Capítulo uno.

Todo empezó cuando rasuré la barba de mi abuelo. No le corté ni una sola vez. Jamás me hubiese perdonado que manchara de sangre su camisa nueva. Nada de lo que te cuente tiene importancia si decir que mi abuela acababa de morir. Íbamos a su funeral. Las palabras de mi abuelo fueron: No voy a despedirme de mi señora con estas pintas de hippie desarrapado. Por supuesto que no, abuelo. Le dejé hecho un pincel.

Me opuse, claro que me opuse. Mientras el resto de la familia se vestía como se supone que te debes vestir en ocasiones como estas, yo estaba sentada frente a un taco de folios blancos. Ahí me quedé, a la espera de que en un momento de derrota y despedida, las palabras brotaran de mis tripas, recorrieran cada una de mis venas y los dedos las tradujeran a ritmo moderado un particular adiós. No voy a engañarte, quería arrancar las lágrimas de mi familia, demostrar que bajo la fachada sobria en la que se enfrascaban a diario, había algo de humanidad en ellos. Pero nada de eso pasó. Me quedé en silencio en mi cuarto, vi el amanecer, me di una ducha, me tomé un café mirando viejos álbumes, repasé notas que tenía en viejos cuadernos cubiertos de polvo en las estanterías de arriba y retomé el blanco de las hojas vacías de nuevo. Eché a llorar. Cuando se me secaron las mejillas salí al pasillo y mi abuelo me tendió la emboscada más grande de su vida. Llevaba la camisa desabrochada, una camiseta de algodón ridículamente estrecha por debajo y el pelo revuelto.

—He engordado un poco —me dijo con cara de asombro—. Ayúdame, Gaia, por favor.

—¡Todavía así! Mamá te mata.

Mi madre era, y es, un ser complicado. Coge la primera revista de moda que encuentres. Mira la contraportada. Así es mi madre. Altiva, engreída, petulante. Bueno, la clase de madre que no quiere una hija como yo, pero sí unos hijos como mis hermanos. Qué orgullosa estaba de ellos. Luca y León, valientes megalómanos. Dos años más pequeños que yo pero con el mismo ego que un octogenario que haya superado once operaciones a corazón abierto. Iban por la vida con la intención de aparentar que lo sabían todo, pero nada más lejos de la realidad. De los dos, León era el más espabilado y, sin saber a día de hoy si tiene algo que ver o no, peor persona. Luca era corto. No bobalicón o inocente, no: corto. Joder, los tres nos habíamos tragado todo el cine italiano del siglo XX, habíamos leído a Nietzsche, a Schopenhauer, a Maquiavelo y montamos lo suficiente a caballo de pequeños para tener conciencia de disciplina. No parecía tonto después de haber hecho todo eso, pero un día me dijo que era mucha casualidad que el agua se congelase a cero grados centígrados e hirviera a los cien. León le dio con el codo en las costillas sin decirle nada. Yo puse los ojos en blanco.

—Tu madre está en la peluquería —se justificó mi abuelo.

—Y tú deberías haber ido con ella —pensé en alto mirándole el pelo.

Dio media vuelta y se metió en su cuarto. Se lamió la mano y trató de peinarse el remolino que se le formaba en la frente. Con el gris oscuro de sus canas parecía un huracán furioso. Furioso porque su sirena se había ido, furioso porque no la volvería a ver en mucho tiempo, furioso porque aún no la había llorado todo lo que tenía que llorarle.

—No voy a despedirme de mi señora con estas pintas de hippie desarrapado —como os dije, dijo—. Ven.

Mi abuelo era, y es, peculiar. En el pecho llevaba el tatuaje de una virgen que se hizo,

naturalmente, antes de conocer a mi abuela y sentar la cabeza. Aun así siempre juró que era ella a la que llevaba retratada, y lo decía tan convencido, que el tatuaje lo disfrazamos de premonición y destino para justificar que decía la verdad. Tenía un tono azulado que se confundía sus las venas de pecho pálido y angosto. Formaban parte el uno del otro, siempre lo pensé así.

Le seguí. Lo hice porque no sabía, ni se me pasó por la mente, lo que me pediría.

—Me gusta la raya al lado. Y no me quites las patillas, me hacen más esbelto —dijo estirando el cuello mientras observaba su perfil en el espejo —¿Lo ves? Si la abuela estuviese aquí te pagaría porque me las quitaras. Nunca quiso que fuese muy guapo, por si me robaban, ¿sabes cómo te digo? Juntos hasta la muerte —susurró con la mano en el pecho.

Grave y arenosa, así sonó su voz. Tan convencido como de que mi abuela estaba en el dibujo de su pecho como de que yo podría ayudarle.

—Claro. Pero, ¿quieres que te corte y todo? —Por favor, no.

—Sí. El pelo crece, la vida acaba.

Fui a buscar las tijeras buenas al baño de mi madre. Olía a una mezcla pomposa y desagradable de los mejores perfumes de mis hermanos. Cedro y sándalo. Violeta y mimosa. Se habían bañado en esencias extravagantes para enfundarse en prendas oscuras, nuevas y almidonadas. Apostaría mi mano derecha a que ensayaron el apretón de manos que darían a los asistentes en la iglesia. Eran unos capullos. Tengo que ser adoptada, seguro. Apoyado en la jamba, Luca me habló:

—¿Sabe mamá que le estás cogiendo las tijeras?

—Sí, le he llamado para pedirle permiso —dije. Cuando hablo con ellos de verdad espero que me entiendan, pero no suelen hacerlo a menudo. Evidentemente, no la había llamado. La ironía y Luca aún no tenían el placer de conocerse.

—Bien —como si mi hermano pequeño fuese mi instructor en la vida—. ¿Quieres estar guapa para Abigail?

—No puede venir.

—¿Y eso? —preguntó llevándose las manos a los bolsillos.

—Tiene trabajo —dije. Respiré hondo —Mira, Luca, de verdad. No me apetece darte explicaciones de nada.

Abbie trabajaba tanto que, si ganase el mínimo por hora establecido por la ley, tendría un par de casas a su nombre y tres coches en la puerta. Sin embargo, Abbie y yo vivíamos en un sexto sin ascensor, minúsculo y tendíamos la ropa en radiadores eléctricos. Su jefe era un tirano. León algún día sería como él.

—Es tu amiga, debería venir a algo como esto —para mi sorpresa, coincidía con lo que intentaba decirme.

—Es mi novia, no mi amiga. Pero, sí, debería venir. No sé, Luca. Es el menor de mis problemas ahora mismo. La abuela ha muerto, todo lo demás me da un poco igual, la verdad.

Luca se fue con una sonrisa irónica en la cara. Cuando se reía le florecía un maldito hoyuelo en su mejilla. Los gemelos no eran de reírse a carcajadas, pero siempre llevaban una sonrisa picarona que habían mejorado con el paso del tiempo y el hoyuelo les delataba. Era imperceptible para el resto de la especie. Para mí sus intenciones se hacían evidentes bajo esa marca. Abbie no fue bienvenida nunca. Hoy tampoco. Aun así esa falsa modestia heredada de mi madre les hacía parecer encantadores. Nada más lejos de la realidad, eran unos capullos, sobre todo León.

Cuando llegué al cuarto de invitados, mi abuelo ya se había colocado una toalla sobre los hombros. La había anudado torpemente y se había dejado un hueco considerable entre el cuello y la espalda. Hasta la crin más gruesa de caballo entraría por ahí. Traté de colocárselo mejor sin

hacerle parecer un desastre. Sonrió.

—A tu abuela le va a encantar.

—Estoy segura de que sí.

Una taza de agua bastó. Fui metiendo la yema de los dedos en ella y dejando caer las gotas en su cabeza. Una de ellas resbaló por la frente se me abuelo hasta su nariz. La respiración pausada pero profunda la hizo desaparecer. Se descompuso con la exhalación de mi abuelo y seguramente cayeron centenas de micro esferas a su regazo. Una explosión de moléculas. Le mojé el pelo. El agua estaba tibia y oscurecía aún más las canas de mi abuelo. La raya al lado, como el me pidió. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo gratificante que era cortar el pelo a alguien. Era como deshacerse del pasado para siempre. Todo lo contrario al apego; cortar, retirar, barrer. Era liberarse.

Mi abuelo tuvo muchos demonios en su vida y yo los estaba mutilando. No le recuerdo fuera de casa hasta este día. Por foto le había visto hasta bailar, pero mi abuela enfermó antes de que yo naciera y, según me contaron, desde entonces que él no bailaba. Cuando mi abuela salió del hospital para marchitarse poco a poco en su propia casa, mi abuelo agarró del reposabrazos una de las butacas de su salón. A pulso. Solo. Retiró su mesilla de noche y colocó el que sería su nuevo asiento favorito. Cuando se cansaba de estar sentado, daba paseos por el cuarto o se tumbaba boca abajo en los pies de la cama. Era enorme, mi abuela no llegaba con los pies al final del colchón. A veces se quedaba dormido ahí, como un gato. Custodiaba los sueños de mi abuela. Pasó así treinta de sus setenta y nueve años.

—Te voy a peinar ya, ¿vale?

—Espera —me dijo—. Busca en mi bolsa el neceser y tráemelo. Es azul. Un neceser azul.

—¿Este?

—Sí, ese. El azul, el azul. Trae.

La maleta de mi abuelo era un escaparate variopinto. Debajo de sus camisas y sus pantalones de pinzas, tenía una decena de libros antiquísimos, una brújula y un mapa de carretera descolorido. Yo suponía que se quedaría bastante tiempo en casa de mi madre, después de todo ocupar de nuevo ese sillón en una habitación vacía no sería el hogar que hubiese deseado para él, pero la casa no era tan grande como para usar brújula. Ah, abuelo, qué mágicos estos artilugios tuyos.

Abrió el neceser y sacó una brocha, un frasco y una cuchilla.

—¿Me afeitas? Sobre todo el cuello y la nuca, que eso ya solo no puedo. ¡Ah! Y cuidado con el bigote —me dijo el adorable caradura.

—No voy a afeitarte. No.

—¿Crees que te lo pediría si pudiera hacerlo yo? Vamos... Soy un viejo que ya no vale para nada —esas palabras no se las creía ni él. Era un chantaje en toda regla al que acabaría cediendo.

—No.

Lo hice. Por supuesto que lo hice.

Mi abuelo tenía una piel agrietada. No, no es esa la palabra. No eran grietas, eran rías. Lo sé porque cuando rasuraba su cuello le brotó una lágrima que recorrió su mejilla por un canal que antes yacía seco. El mar eran sus ojos, salados, llenos de despedida y de recuerdos. Cómo brillaban; tanto como la cuchilla que acariciaba su cara descabezando el trigo plateado que emergía de él. Era un hombre gris, mi abuelo. Ese día lo era. Sin ella qué matices le esperaban.

—Bien al ras, Gaia. No quiero nada de ayer en mí.

No le dejé nada de ayer en él. Supongo que en la ducha frotó hasta hacerse daño en la piel porque no soportaba el terrible peso de una sola fibra que llevase el nombre de mi abuela.

Cuando acabé no dijo nada. Él se miró al espejo, irreconocible. Tanteó sus patillas, encendió el grifo y se echó agua fresca en la cara. Se secó con la toalla de sus hombros, la sacudió y la dejó perfectamente doblada encima del lavabo. Hasta la cena familiar de esa noche, no habló.

—¡Por la abuela! —dijo levantando su copa e incorporándose torpemente mientras recolocaba su cinturón.

Yo, por supuesto, agarré mi copa y observé que nadie más lo hacía. En un acto de solidaridad, me levanté. Ahí estábamos, uno frente al otro, tratando de arrancar a esa panda de insensibles un acto de conmemoración y respeto. Y de amor, sobre todo de amor.

—Por la abuela —miré a mis hermanos furiosa.

—Por la abuela —susurró Luca levantándose.

León se le quedó mirando con un codo por encima del respaldo de su silla. Mi madre se frotó las manos y suspiró mientras cogía su copa y la alzaba.

—Por mamá —dijo. —Levántate, León —le ordenó.

Cuando mis hermanos nacieron yo ya tenía cinco años y había disfrutado algo más de la abuela. Ellos, sin embargo, el recuerdo más lejano que tienen es de cuando ya no podía levantarse y se orinaba encima. El beso de saludo y el beso de despedida se les obligó siempre, pero mientras yo ya empezaba a tener conciencia de las cosas y me quedaba leyendo a su lado, ellos correteaban por el pasillo y la terraza sin acercarse mucho a su cuarto. Mi madre se llevaba a mi abuelo a la terraza, en parte para vigilar a los gemelos y para hablar de asuntos de mayores, como a mí me decían, sin que la abuela se enterase.

—Gaia, ve a jugar. Debe hacer un día maravilloso. Que te de el sol en ese pelo de fuego que tienes.

—No abuela. Ya me da el sol todos los días —le decía peinando los rizos que inundaban mi cara.

León se levantó de mala gana, se fue a la licorera del comedor y se sirvió un whisky sin hielo. Le dio un par de vueltas en el vaso antes de aproximarse a la mesa y levantar su vaso algo más alto que los del resto.

—Por ella, la señora que nos ha dejado pelados —bebió de un trago el whisky mientras los demás bajábamos las copas.

—¡León! ¡Controla lo que dices! —gritó mi madre. —Deja de beber. ¡Luca! Quítale la copa a tu hermano.

—Eres un capullo borracho —le dije mientras salía en busca de mi abuelo que había salido del comedor tras escucharle.

—¡Borracho como papá! ¡Egoísta como la abuela! Pero más honrado que tú, hermanita. A mí no me mantiene mi novia. Por cierto, ¿dónde está Abbie? —gritó dando pasos torpes por todo el comedor.

—Te has pasando —le dijo Luca sentado en su silla.

—¡Oh, cállate, lelo! —le contestó.

Cuando encontré al abuelo tras zigzaguear por toda la casa, ya se había puesto un abrigo y llevaba una maleta consigo. Le agarré del hombro y al darse la vuelta vi que lloraba. De sus mares cayeron todas las rías del continente. Lo abracé, él metió la cabeza entre mi cuello y mi hombro y sollozó tres veces hasta que un grito de mi madre llamándole le recompuso.

—Antes de que venga tu madre, toma —me dio un sobre. —Esto es tuyo y solo tuyo, ya lo he arreglado. No le digas nada a tu madre ni a tus hermanos.

—Abuelo —le dije confusa mirando el sobre y su maleta. —No hace falta que vuelvas a casa, esta es tu casa ahora.

—Gaia, yo no he dicho que me vaya a casa.

Se fue misterioso por la puerta de la cocina. Cuando mi madre llegó yo estaba sola con la mirada perdida en dirección al picaporte que acababa de resonar el cierre. La ignoré completamente.

—Gaia, mírame.

No tenía nada que hablar con ella ni con nadie. Recogí mi bolso y me fui a casa. La noche estaba despejada, la ciudad tranquila y mi curiosidad aflorando a cada paso que daba.

Capítulo dos.

Abbie llegó a los cincuenta y nueve minutos de haber apoyado mi culo en la cama. Lo sé porque pensé en abrir el sobre sola si en una hora no estaba en casa. Siempre lo hago: Si pasa esto, hago lo otro; si encesto antes de la tercera, me animo; si llaman dos veces seguidas, no me levanto a abrir. Pero ella se adelantaba en todo, incluso sin saberlo. Llegó en el momento en que miraba el segundero del reloj de la sala casi rezando para que apareciese por la puerta y entonces sonaron las llaves.

—¡Menos mal que apareces! —me levanté de un brinco y corrí a sus brazos.

—Lo siento —me dijo agarrándome la cara— He tenido que quedarme recogiendo el estudio y, amor, siento mucho no haber estado hoy. Te lo compensaré, te prometo que te lo compensaré. ¿Estás bien? —acarició mis hombros y bajó por mis brazos como si estuviese comprobando que mi mirada perdida me hacía no estar ahí.

Abigail era fotógrafa, y de las buenas. Siempre que me han preguntado que cómo sé que es buena si yo no tengo ni idea de fotografía les digo: porque mira bonito. La clave de todo está en la mirada. Hay miradas mediocres que se conforman con mirar y hay miradas bonitas que ven; y ver lo es todo. Cuando escribo, podría contar mis historias, esas que nunca acabo, como si mi madre la estuviese narrando. Te describiría los colores de las cosas, sus formas, sus texturas y que alguien dice algo, porque quiere algo, porque le falta algo. Simple. Conciso. Pero a mí, como a Abbie, nos interesaba lo que había detrás de las historias y detrás de la gente. A qué huele esa ropa, por qué hay una gotera que se estampa contra una alfombra impecable, quién es el niño del quinto que llora. Abbie plasmaba las emociones como nadie porque un día me retrató con el te amo más grande escrito en el gesto de la cara y hasta hoy ha sido la prueba de amor más grande ha tenido nunca, dice.

—Estoy bien —mentí. —Ya ha pasado todo.

—¿Cómo está tu abuelo?

—No lo sé —dije enseñando el sobre.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué es eso?

—Me lo ha dejado y se ha ido —me encogí de hombros. —No lo he abierto.

Agarré la mano de Abbie y nos fuimos al sofá. Dejé el sobre en la mesa y me recosté abrazada a ella. Olía tan bien siempre. Fuera aparte de su perfume, había un dulzor en su piel, reservado para quienes podían ver y no solo mirar. Me volvía loca cuando se desnudaba y embriagaba toda la atmósfera con su aroma. Dicen que el amor es fruto de un estímulo olfativo, que las feromonas son las que nos atrapan y que realmente lo que nos roban no es el corazón, sino la química de nuestro cuerpo. Estaba de acuerdo en ello si ella también lo estaba. Amor, olores y ciencia, qué más da cómo se llame.

—Ábrelo —me dijo.

—No lo sé— dije resoplando. —¿Y si hay un secreto de familia horrible? ¿Y si soy adoptada? Sabes bien que eso podría ser así. Mira a Luca... ¡mira a León! Dios mío, soy adoptada. Es eso, seguro.

—A ver, cálmate. Sea lo que sea no lo sabrás si no lo abres. Estoy aquí, ¿vale? No pasa nada —me agarró la mano.

Cogí el sobre con miedo, cierta expectación y algo de excitación. Al abrirlo encontré dos hojas. Una de ellas estaba doblada en tres partes perfectas y con tinta negra tenía decenas de

líneas escritas por mi abuelo. El otro trozo de papel era mucho más pequeño, sellado por el banco y con muchos ceros. Una cantidad ingente de ceros. Miré a Abbie con los ojos tan abiertos que hasta pude notar cómo mis pestañas rozaban mi cara. Le enseñé el cheque y me puse a leer la carta:

El pelo crece, la vida acaba, Gaia; y a mí me ha crecido mucho el pelo en este viaje tan largo junto con la abuela, pero he vivido poco. Me duele dejarte ahora, pero no tardaré en volver. Eres un ser excepcional y sé que algún día todos conocerán tus letras, hasta entonces coge el dinero que te dejo, el de la abuela, con una condición: con él abrirás una barbería.

Era una broma, tenía que serlo. Una vez había afeitado a mi abuelo. ¡Una! Miré a Abbie de nuevo como si ella lo hubiese leído también lo que aún resonaba en mi sien. Ella se encogió de hombros y entreabrió su boca queriendo decirme algo, pero calló. Seguí leyendo:

Si te conozco bien, rechazarás el dinero y te negarás a hacer la única cosa que te pido. ¿Vas a obcecarte, Gaia? Sorpréndeme. Sorpréndeme a mí y a todos. A vivir se comienza saliendo de lo cómodo. Las grandes historias se escriben tras vivirlas. Yo voy a ello.

Te quiero.

Me giré hacia Abbie de nuevo. Llevaba el cheque en sus manos, todavía sin saber qué decir y esperando a que yo abriera la boca.

—Vamos a ver— dije levantándome —Mi abuelo se ha ido a no sé dónde, ¿vale?

—Vale.

—Me ha dejado una carta con un cheque...

—¡Un enorme cheque, amor! —dijo.

—¡Sí! Un enorme cheque a cambio de que con él abra una barbería.

—¡Estás de broma! —dijo Abbie abalanzándose sobre la carta.

Empecé a dar vueltas por la sala, mirando el cheque de reojo y pensando en qué podría hacer en esta nueva situación. Las posibilidades eran las siguientes: rechazar la oferta de mi abuelo y devolverle el dinero a la vuelta. Seguiría con lo mío, escribiendo. Podría llamar a mi madre y comentarle lo del dinero, pero León se enteraría porque él siempre se entera de todo. También fingir que jamás abrí el sobre por miedo. Simularía haberlo abierto por primera vez delante de mi abuelo a su regreso y así podría convencerle de que es una mala idea dejar todo ese dinero en mis manos.

—¿Por qué una barbería? Si no era barbero, ¿no?

—No —le contesté —Pero le corté el pelo y le afeité esta mañana. Quizás esté intentando decirme algo. O quizás no y se le haya ido la cabeza. Con suerte el cheque no es real.

—¿Qué crees que te está queriendo decir?

—Que se me da bien... yo qué sé. Que deje las letras, Abbie. Que deje de escribir porque no estoy llegando a nada. Mira todo esto —señalé las cuatro paredes—, ¿qué ves? Vivimos en una caja de cerillas que tú pagas llegando a las tantas de la noche y malviviendo porque te pedí tiempo para terminar mis proyectos; proyectos que no he empezado porque me agobia el solo pensar que no valgo para esto.

—¿Tu abuelo tuvo miedo?

—¿A qué? —le pregunté.

—A que no sirviera para nada el quedarse años encerrado en casa cuidando de tu abuela.

—No es lo mismo, Abbie.

—Claro que no. Él sabía que ella se moriría y no la dejó sola ni un segundo. Tú no sabes dónde puedes llegar y ya estás abandonando. Yo no me enamoré de una cobarde.

Me agarró de la mano tan fuerte que no pude resistirme a ir con ella. Entramos en el baño y encendió el grifo de la ducha. Mientras el agua caía, rebuscó en los cajones hasta encontrar un peine y unas tijeras. Se sentó en el borde del baño esperando algo.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Vamos! —me animó— Corta, pero no te pases.

—Ni de broma.

—¿Quieres discutir? Yo no quiero discutir. Venga, la peor parada voy a ser yo como lo hagas mal. Coge el champú bueno, hoy estoy generosa.

Tuve que hacerle caso. El agua estaba ya caliente y ella preciosa, con los ojos cerrados, respirando suave. Froté mis manos con el jabón y las enredé en su pelo hasta hacer espuma.

La primera vez que la vi, ella llevaba el pelo recogido en un caos de moño que de balanceaba mientras trotaba por la biblioteca. Buscaba la biografía de Lewis Carroll y la tenía yo. Lo supe porque tanteó unas cuantas veces el hueco que el libro había dejado en las estanterías de roble. Miró hacia ambos lados mientras yo la observaba en la mesa de enfrente. Tuve que interceptarla antes de que se dirigiese a la secretaria preguntando por el libro. Yo me había pasado once días del día de devolución, por eso lo leía en la biblioteca, para colocarlo disimuladamente en otro sitio y fingir que alguien no anotó bien su entrega ni colocó bien el libro.

—¿Buscas esto? —le susurré amparada en los murmullos de la biblioteca.

Ella se acercó dubitativa como si debajo del libro tuviese la mayor mercancía de droga jamás vista por un universitario.

—Joder, ven. Que si es esto lo que buscas —le repetí.

—Alice Liddel —me dijo.

—Muy bien. Yo soy Gaia, encantada. Pero que si es esto lo que buscas.

—¡No! —se llevó la mano a la cara y sonrió —Que busco información sobre Alice Liddell, de Lewis Carroll.

Tenía, seguro, la sonrisa más bonita que había visto en mi vida. Resulta que esa tal Alice era una niña que fue fotografiada por Carroll en 1858. En ese mismo instante pensé que nuestra primera hija se llamaría Alice y que eso no era otra cosa que amor a primera vista.

—¿En qué piensas?— me preguntó Abbie con el pelo lleno de espuma.

—En el día que nos conocimos.

—Fue gracioso —rió de nuevo.

—No solo eso. Fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Bendito Lewis.

Capítulo tres.

No os voy a mentir, era irregular. Cuando le sequé el pelo a Abbie con la toalla, empecé a ver mechones que no encajaban con el resto. Esos mechones se escondían entre la melena, como yo me escondía entre la estereotipada familia aparentemente perfecta que tenía.

Mi padre murió cuando los gemelos cumplieron dos años. No tenía padres, no tenía familia. Lo único que tenía en este mundo era a mi madre y a nosotros tres. Han habido momentos en los que olvidaba su cara. La foto de la mesilla de noche de León me la recordaba cada vez que pisaba su cuarto, pero eso no era muy amenudo. Es irónico el pensar que a pesar de no tener recuerdos claros de él, León le adora como no ha adorado a ningún miembro vivo de su familia. En su decimosexto cumpleaños había crecido lo suficiente como para ponerse los trajes de mi padre. Mi madre los guardó en el desván, no por nostalgia, sino porque eran demasiado caros como para regalarlos. Así funcionaba todo: lo de la familia era de la familia. De la familia viva, claro. Mi abuela estaba medio en la tumba mucho antes de que yo naciera y los semi vivos no tenían los mismos derechos. Todo el apego que sentía León por mi padre jamás lo sintió por la abuela a pesar de verla durante novecientos sesenta fines de semana. Ella dejó a la familia a la altura de cualquier otra familia. Médicos, pagos. Pruebas, pagos. Medicinas, pagos. Mi padre nos dejó, en cambio, una suculenta recompensa de su seguro de vida porque alguien dijo que no estaba borracho el día del accidente rompiendo un par de hojas en un bufete exageradamente ostentoso.

—No está mal —dijo Abbie sin creerse la primera de esas palabras.

—Sé que me quieres, pero no hace falta que me mientas. Está horrible, mira. Hay un desnivel aquí que yo creo que puedo arreglar si...

—¡No! —gritó apartándose —No, amor. Déjalo, está bien. Pero creo, sinceramente, con toda la visión empresarial que puedo tener ahora mismo, que vamos a tener que contratar a alguien para que haga el trabajo. Una cosa es montar una barbería y otra muy distinta es ir haciendo trasquilones y rebanando yugulares por ahí. A lo loco y cobrando.

Tuve que reírme porque Abbie es graciosa hasta la médula. Es ese tipo de persona que es capaz de hacer el comentario más crudo del mundo con un tono tan irónico que hasta el sarcasmo tiende a reírse.

—Voy a limpiar este desastre y tu vas a pensar qué hacer con ese dinero —me dijo.

Era una noche despejada el primer día que dormí con el cheque mirándome desde la mesilla de noche. Dormí mal, soñé mucho y revolví las sábanas como si me hubiese convertido en un huracán. Un huracán arrastrando dudas.

A la mañana me hice un café horrible, aguado, semi transparente, a juego de las legañas que descendían por mis ojeras. Un despojo humano y yo lo tenían todo en común, excepto que yo era medianamente pudiente con este dinero que no era, ni de lejos, mío.

Mi abuelo, antes de retirarse para cuidar a mi abuela, tenía la flota de coches para ejecutivos extranjeros más grande del país. Cada comerciante, cada empresario, sabía que tras bajar del avión tendría a su disposición un chófer a su entero servicio. Vendió la compañía a una cadena hotelera. Hasta donde sé, el coche que teníamos en la puerta de casa de mis abuelos fue el primero de ochenta y tres coches que llegó a tener. Negro, robusto y brillante. Lo llamó Azabache y lo arregló con sus propias manos cada vez que el coche se lo pedía. Un día se quedó parado para siempre, enfrente de la casa, como un perro guardián. Todo el beneficio que pudo sacarle a la empresa lo invirtió en cuidar a mi abuela en casa. Compró todo lo necesario, equipos,

medicamentos... e incluso hizo obra en casa por si algún día la abuela volvía a levantarse de la cama. Cualquiera silla de ruedas, por grande que fuese, entraba bajo los dinteles de las puertas de esa casa. Todo era por y para ella. Mi madre, que esperaba haber heredado ese negocio, se quedó sin nada. A Luca le daba igual porque él tenía su universidad privada ya pagada, pero León, haciendo honor a su nombre, siempre quiso más y arrasaría con su propia familia para conseguirlo. Decirle a mi familia que tenía ese dinero era entrar en guerra con todos.

Agarré un periódico del domingo. Siempre preferí papel a digital. Con un rotulador en la mano puedes guardar y destacar todos los datos necesarios sin que tener que jugar con una pantallita. Además puedes olerlo. La celulosa y la tinta huelen a hogar. No vi nada que no fuesen anuncios de ciertos servicios a cambio de dinero. Tardé en ducharme lo mismo que tardé en terminarme el café. Los malos tragos mejor de una. Salí. Llovía.

Nunca me gustó pasear sola sin tener ningún objetivo claro. Era como ir a ciegas por una ciudad cuadrada, buscando algo que huía y te esquivaba continuamente. Sentía que había pasado antes por todas las calles, como cuando das círculos en el bosque o cuando repites de duna en el desierto. No sabía qué estaba buscando, pero como con Abbie, bastaría el verlo para saber que era perfecto. Dentro de lo desagradable que me parecía la idea de montar mi propio negocio con la apuesta aférrima y desinteresada de mi abuelo, habría que mantener la ilusión loca de que todo saldría bien.

Era un sitio curioso aquel después de haber visto once locales y tres trasteros a los que llamaban “áticos vanguardistas”. Jamás hubiese dicho que con encanto, porque en la barra se respiraba un halo tenso de rabia, pero la madera crujía con solo mirarla y el aroma te abrazaba como una manta en invierno.

Imagina el peor camarero que te ha atendido jamás, ese que te puso mala cara por pedirle sacarina en vez de azúcar y el que refunfuñó algo porque tuvo que abrir una caja nueva de leche para ti. Pues era él. No, mejor aún, era todos los camareros que han hecho eso alguna vez. Juntos. Se llamaba Bruno, y a día de hoy no sé si ha sido la mejor de mis suertes o la piscina más vacía a la que jamás me lancé. Está por ver.

Bruno era un hombre que apenas pasaba los treinta, pero que parecía superarlos con creces bajo una espesa barba con canas salpicadas y un bigote denso que bailaba al son de sus labios cuando murmuraba pensamientos que de lejos se notaban que no eran positivos. No es que yo conociese el lado más amable de la vida, pero agriar un carácter es más que pasar por malos momentos. Bruno no solo tenía una historia amarga detrás, sino que se revolcaba en ella y dormía abrazado a su historia noche tras noche. Vivía día tras día su pena envuelta en aroma de café y leche hirviendo. Entre un puñado de cucharillas de plata, pasó el trapo y a penas se dignó a mirarme cuando me acerqué a la barra. Supuse, que al ser la única cliente de la cafetería, el hecho de que estuviese a escasos centímetros de mí me daba el derecho a hablar. Así lo hice.

—Ahí fuera hay un cartel de se vende.

—Lince —creí escuchar.

—¿Perdón?

—Que qué bien que sepas leer.

Sin cortarse en absoluto comenzó a ser un completo capullo nada más conocerlo. Se rió y alzó la mirada para mirarme.

—Y es que además tienes ojos de lince, vaya. Eres la primera que pregunta. Sí, se vende. Lo vendo, más bien —rectificó.

—¿Qué fue antes, la gallina o el huevo? —improvisé. Era un tipo de lo más desagradable.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—Que si fue antes tu falta de tacto para el público o la falta de público para acabar en esta falta de tacto y tener que vender tu cafetería —hasta yo misma me sorprendí.

—Bueno, todo el mundo tiene problemas. Todos aquí los tenemos por lo que veo —dijo esta vez fijándose en mi pelo.

Gratuito y totalmente clasista. No acostumbraba a arreglarme para caminar sin rumbo. El ridículo que se hace con un moño medio deshecho compensa la comodidad que supone no tener que desenredarte el pelo a conciencia. Tenía una de esas gomas que no dan tres vueltas, pero sí dan dos y el pelo queda atado, pero flojo. Poco a poco se va escurriendo ese punto donde melena y nudo se encuentran. En este caso, aunque el moño me llegase a la nuca y los pelos de los laterales se saliesen como puercoespines, no sería tan grave como mis ojos hinchados por la tremenda y fatídica noche de hoy. El cheque pesaba horrores.

—No deberías subestimarme. No te dejes llevar por— dije bostezando— las apariencias.

—No, claro que no —rió.

Era una montaña rusa aquel tipo. Se dio la vuelta y empezó a enredar entre vapores, café molidos y tazas. Antes de que pudiese descifrar las válvulas de la máquina de café, apoyó en frente de mí una taza con mucha espuma y lo que yo asumía que era canela. A pesar del buen gesto de prepararme un café, su mandíbula se apretaba tanto que oscurecía todas las facciones de ese hombre. El pelo, con raya al lado, se le ondulaba en la frente. Me miró y se pasó la mano por el flequillo con un leve suspiro.

—Te lo regalo, lince, pero no está tan bueno como parece, no te hagas ilusiones. A ver si despiertas con esto.

El olor a leche a punto de quemarse, tostada, como caramelizada, me recordó a los caramelos que mi abuelo siempre tenía en el hall de su casa. Uno al entrar y otro al salir, nada más. Nada más para nadie excepto para Luca, que los cogía a puñados, llenaba sus bolsillos con ellos y luego se olvidaba de comerlos para que acabasen derritiéndose y pegándose al pantalón. No lo probé porque no me parecían maneras de que alguien te invite a un café y ese tipo me caía gordo.

—¿Cuánto pides? —dije apoyándome en la barra.

—Te he dicho que es un regalo.

—El café, no. El local. Cuánto pides por el local.

—Medio millón. Lo dejo todo.

El cheque que tanto pesaba esta noche en mis sueños, se tornó ligero como una pluma. Tenía dinero, pero no tanto como para comprar aquello y mucho menos para reformarlo y obtener los equipos necesarios. No me reconocía, todo parecía muy serio ahora. Resultó que me estaba haciendo ilusiones, pero me sentía una niña jugando al Monopoly.

—No quiero nada de lo que está aquí. Quiero abrir algo distinto a esto.

—Pues compra un local distinto a este, así de fácil. ¿Vas a tomarte el café o lo tiro.

No le contesté. Quería tomármelo, pero hubiese cedido al hacerlo. Ese hombre tan orgulloso chocaba de pleno con mi signo zodiacal. Qué orgullosos somos las sagitario, incluso con el sueño acariciándonos la cabeza para dormirnos en cualquier barra de bar.

Bruno agarró la taza y tiró el café por el fregadero lentamente.

—No estaría tan bueno.

—Ya te dije que no —contestó.

Cogí mi bolsa del taburete y me la eché al hombro. Me di media vuelta para caminar ágil hacia la puerta, pero no tanto como que pareciese que huía. No puedo huír de alguien así porque lo que siento es rechazo, no miedo. Rechazo y pena. Qué señor tan amargado, seguramente como su café.

Me pesaban las pestañas como el plomo. Me desplomé en el sofá al llegar a casa y sin haber

comido durante todo el día dormí más allá del anochecer. Abbie me despertó al llegar y asumí que tras su largo día de trabajo lo que más le apetecía era oírme despotricar de un hombre que no conocía. Me dio un beso en la frente mientras buscaba excusas para cerrar los ojos. Se durmió en mi hombro y acabé por ceder yo también al sueño nocturno. Como todos los días, cuando desperté, ya se había ido.

Capítulo cuatro.

Abigail era, por norma, la clase de chica que miras al pasar porque es excepcionalmente sencilla; como cuando desembalas un aparato electrónico, el que sea, pero de alta gama, por primera vez y ves que cada pliegue, cada plástico protector tiene una función exacta, huele a nuevo y todo encaja. Así era ella, un packaging perfecto, sin ostentaciones, comedido y práctico. Tenía el pelo oscuro sin llegar a ser negro, liso, lacio y recto. Acariciaba sus omoplatos cuando paraba y azotaba el viento cuando echaba a andar con pasos largos y firmes. Siempre sabía adónde ir. El día que fue en busca de Bruno se puso un abrigo azul pastel de paño porque no daban lluvia para ese día. Le asomaba, junto a las solapas, el cuello de una camisa blanca almidonada. Abbie olía a azahar en cualquier época del año.

Bruno se sentaba, con las piernas cruzadas como un buda con barba y sombrero, encima de la barra con los zapatos puestos. Los herretes de acero de sus botas acariciaban las betas de la madera mientras él removía el café en vaso que acababa de prepararse. Sonaron los pasos decididos de Abbie contra la acera hasta detenerse en seco en la puerta acristalada del café. Las bisagras se quejaron al abrirse y Bruno levantó la vista lo suficiente como para ver entre los mechones de su flequillo pero sin dejar expuestos del todo sus ojos marrones caféina.

—Hola. Se vende, ¿no?

—Otra... —dijo Bruno para el cuello de su camisa mientras ponía los ojos en blanco. Abbie no lo escuchó.

—No sé si eres el dueño. Verás, ayer vino una chica a preguntar por el sitio y, vaya, es incluso más curioso que lo que imaginé.

Abbie se quedó anonadada en la cafetería. Si omitiésemos el cerco de pereza que rondaba alrededor de Bruno, era mucho más que un sitio con encanto. Absolutamente todo era madera maciza, cuero y hierro forjado. Era como entrar en un oasis de naturaleza muerta en un mar de asfalto. Los coches circulaban y sus motores sonaban ajenos a las vidrieras que reverberaban brevemente con el vacío que los autos con ruedas de caucho dejaban a su paso. Era otro lugar, otra época, otro mundo. Y el café era su oxígeno particular. Todo se tornaba pardo, casi hasta el aire podía intuirse con la mirada porque el olfato llevaba las riendas de los sentidos en aquel lugar mágico.

—Quedó claro que no. Creo, que quedó claro, vamos.

—Es sencillamente perfecto —nunca sabremos si Abbie escuchaba en ese momento.

—No aceptaré menos de lo que pido. Ya le dije que lo dejaba todo —Bruno saltó de la barra sin soltar el café. Un par de gotas chocaron contra la madera del suelo y se perdieron entre grietas.

—Claro, claro —balbuceaba Abbie —¿Sabes? Puede quedar muy bien esto, ¿no? Es... tiene... carácter. Está vivo.

—Me importa bien poco, la verdad —tomó un sorbo de su café ya frío—. Si tienes el dinero es todo tuyo y por mí como si lo quemas, pero no voy a bajarlo de precio. Supongo que he de currármelo un poco —soltó el café—. Está bien: arriba están el resto de sofás, un despacho, aquí al fondo a la izquierda están los baños. Hay una bodega bajando la escalera de la segunda puerta.

—Espera, arriba dónde.

—La primera puerta da a unas escaleras. No me hagas enseñártelo —su voz se volvía más rota cada vez que hablaba.

—¡Tengo que verlo!

Sin mucha consulta y sin ruego alguno, Abbie subió por las estrechas escaleras del café. Una nube de polvo le dio la bienvenida al terrible submundo de las plantas de arriba. Una decena de sábanas se cernían por lo que parecían butacones y mesas. Dos claraboyas iluminaban la estancia, también de madera, mientras un ventanal lateral pasaba desapercibido y se mostraba tímido tapado con cartones. Bruno tardó en subir. Lo hizo lento y torpe, como si no lo hubiese hecho en mucho tiempo.

—Bueno, pues ya lo has visto —dijo angustiado desde la última escalera.

—¿Cuánto pedías?

—Medio kilo.

—Quinientos mil. Ya.

—Ya lo dije ayer. No quiero nada de esto pero tampoco quiero perder nada de lo que he podido invertir estos años. Se acabó, pero con cabeza.

Abbie se quedó un momento pensando mientras paseaba por el ático polvoriento. La idea era descabellada, sin sentido, loca incluso. Pero ese sitio tenía algo y, como le había pasado a Gaia líneas más arriba, tenía la certeza de que había que lanzarse de lleno en esto.

—¿Adónde te vas? —preguntó intencionadamente.

—¿Cómo? —esputó—. No... no lo sé. ¿Acaso importa? A donde me lleve el dinero.

—¿Te apetece ser socio de la mejor barbería de la ciudad?— arqueó la ceja izquierda y dibujó media sonrisa. Este salto a la piscina iba a ser arriesgado.

Capítulo cinco.

Me levanté cuando el primer rayo de sol se coló por la persiana. La cama estaba casi intacta y no recordaba haber notado a Abbie esa noche. Me acosté pronto, cené sola bebiendo vino blanco en un vaso de plástico. Quise dormir para despertarme con su llegada y haber estado, con lo que tardaba en dormirme de nuevo, acariciándola. Pero tal vez me pasé con el vino o ella se pasó de silenciosa. Nunca coincidimos. La echaba de menos.

Desde la cama podía ver la cocina en la planta de abajo, estaba hecha un desastre. Los techos eran tan altos que ni siquiera estando en el altillo, donde estaba nuestro cuarto, tocaba con la punta de mis dedos y los brazos estirados las vigas que revestían el piso. Por eso en invierno hacía ese frío tan crudo. Bajé las escaleras en busca de la manta que me regaló León el día que me fui de casa. Le gustaba marcar territorio y asignarse un poder superior haciendo presentes caros. Podía haberla rechazado porque en su vida me regaló nada de buena fe, pero fui más lista que todo eso y supuse que no nadaría en billetes para pagar la calefacción; mucho menos después de tener mis libretas en blanco durante meses. Las letras dan poco dinero, pero los folios en blanco no dan nada, excepto frustraciones. La nevera no se llena con frustración. La casa no se calienta con frustración.

Bajé las escaleras de pino mal lijado con cuidado, en bragas, con el culo helado, deseando abrazar la manta de Judas. Se me pegó el envoltorio de unas galletas a mis pies descalzos, intenté despegarlo con coces, tropecé con el cable de la lámpara que acabé tirando al suelo y resbalé con el mismo envoltorio que no pude despegarme a pesar de las patadas que le proporcioné al aire.

Caí entre los cojines y las colchas del sofá, por suerte. Algo se movió bajo la manta de León y hasta día de hoy juro y perjuro que escuché un gruñido animal. Me asusté, salí escopetada hacia atrás pensando en lo gracioso que sería que Abbie tuviese tantos pelos en sus pies como aquel tipo que ocupaba mi sofá y se cubría con mi manta. Respiré hondo y tiré de la manta. Lo ví. El maldito camarero.

—¡Eh! —grité — ¿Se puede saber qué haces en mi casa?

Apenas emitió un suave murmullo mientras se cubría la cara con el brazo. Llevaba una camiseta interior amarillenta y unos calzoncillos de cuadros remangados. Por suerte, no olía a nada, al menos desde donde yo lo miraba, no. Le tiré un cojín a la cara y reaccionó. Parpadeó un par de veces y tornó los ojos para mirarme.

—¿Qué haces? ¿Qué haces aquí?

—No, perdona. Qué haces tú aquí. ¿Cómo has entrado?

—Con Abigail. Esa chica tan mona del pelo oscuro —dijo confuso.

—Ya sé quién es Abbie — contesté tajante —Vive conmigo. Bueno, yo con ella. Es mi novia. ¿Qué coño haces aquí y por qué la conoces?

—Espera, ¿qué?

—¡Que qué haces aquí! Estás sordo o qué te pasa —me estaba poniendo de los nervios con esa cara de lelo con la que me miraba.

—No, no. ¿Es tu novia? Vaya, buen gusto, lince —sonrió —Ya pensé que estaba teniendo una pesadilla al verte aquí. Ya voy pillándolo todo.

Se incorporó con la mano en el estómago y una mueca de dolor. Pasó sus dedos por su pelo y por su cara, ahuecó su mano y se echó el aliento. Puso cara de conformarse con lo que había olido y se recostó en el sofá de nuevo.

—No, no, no, no, no —me recordé a mi madre y a sus negativas constantes para todo— No sé qué haces aquí ni por qué conoces a Abbie ni por qué he decidido levantarme teniendo en cuenta cómo está empezando mi día, pero no puedes quedarte aquí. Dúchate si quieres y te vas.

—Vaya, así que tu amiga no te lo ha contado.

—Mi novia —dije harta de lo mismo de siempre.

—Tu novia, vale, qué más da —puso los ojos en blanco— No te lo ha dicho. Lo de ser socios, lo de la barbería... era una barbería, ¿verdad? Que no es por ponerlo en duda pero no tienes pinta de barbera ahora que me fijo —dijo con cierto sarcasmo mientras me miraba de arriba abajo.

Me tapé con un cojín y atusé mi pelo mientras pensaba en lo que me estaba diciendo. Me senté al otro lado del sofá, agarré mi manta y me la puse por los hombros.

—A ver. Me estoy haciendo un lío pero dado que confío en mí, es-pe-ro-que-que-de-cla-ro, novia, voy a dejar que te expliques antes de que te duches y —hice un gesto hacia la puerta— te vayas.

—Abigail vino a verme, le gustó la cafetería y como no tienes el dinero que pido, me ofreció la mitad a cambio de llevarme la mitad de las ganancias. Me quiero ir y es la mejor oferta que he tenido hasta ahora.

—¡Oh! ¿Por qué no me sorprende? —omití todo lo que hacía referencia al maravilloso plan de Abbie.

—Eres una persona insoportable.

Llamaron al timbre dos veces, como lo hace el cartero. Una postal urgente salvó a Bruno de un cojinazo directo a la cara. Por la firma, era mi abuelo. Sobre una silueta de ciudad cernía la torre Eiffel, majestuosa y simétrica.

Gaia,

París es tan romántico como las novelas de amor que le leía a tu abuela las tardes de primavera. He comido pan con queso sentado en una plaza. El hotel es muy estrecho pero mi cuarto tiene balcón. Te escribiré de nuevo.

Te quiere,

Tu abuelo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué parece que estés llorando? —se levantó.

—No estoy llorando —mentí —He perdido a alguien importante y mi único apoyo ahora mismo se ha ido a... ¡París! —le enseñé la postal —Abbie nunca está y un puto chalado está en mi casa —me lancé a sus brazos para sorpresa de todos.

Bruno, muerto de vergüenza me dio dos palmaditas en la espalda e intentó escurrirse entre mis brazos para salir de la llave que acababa de hacerle.

—Te prepararé algo, ¿vale? Deja de llorar. No puedo ver a nadie llorar. Me enferma.

Sorbí mis mocos mientras me pasaba la manga de mi pijama por la cara. Volví al sofá, agarré el cojín que le habría tirado a Bruno para abrazarlo y me puse la manta por encima. El vértigo era más latente que nunca. Los últimos días habían sido un sinsentido enorme para mí. Surrealista, como un cuadro de Dalí. Mi abuela, el cheque, el abuelo, mi familia al margen. Me sentía sola, perdida, como si no fuese mi vida; como si estuviera viviendo en una película de Woody Allen sintiendo que el final iba a ser propio de Tarantino.

Mordí el cojín y sabía a polvo. Polvo como en cada rincón de ese agujero. Los días sin oficio ni beneficio me habían hundido la miseria más personal. Muchas veces la única razón por la que me levantaba de la cama era Abbie, pero eso era cuando Abbie estaba. muchos días mentí diciéndole que me había ido a escribir a la playa, o que había dado una vuelta en bici, o que había hecho la compra de semana disfrutando de los olores de la frutería cuando, nada más lejos de la

realidad, todo lo que había en casa se conseguía a través de un click en internet. Mi pelo no es que fuese un rojo indomable, sino que era un rojo domador. Ni me peinaba al abrir la puerta al del reparto y el más claro simil de mi pelo era yo misma. Caótica, enredada, enmarañana y áspera. Me quedé dormida ajena al ajeteo en la cocina.

Cuando desperté había alguien en la ducha. Recordé que el camarero se había acoplado en casa con permiso de Abbie y todos los sinsentidos fueron creciendo. La casa olía a café tanto que no parecía mi casa. No acostumbraba a desayunar. Miré el reloj y había dormido al menos dos horas más. Eran las diez menos cuarto de la mañana. Fui a la cocina con la manta como capa y vi dos tazas en la encimera: una llena, con una espuma dorada y densa, y otra vacía. Olía francamente bien. Acogedor. Como si en ese momento la casa se convirtiera en un hogar.

Bruno apareció con una toalla anudada a la cintura mientras que con otra se alborotaba el pelo. Era un tipo delgado, fibroso, con vello. Tengo que admitir que deseé tocar el pectoral de ese hombre para saber qué se sentía al acariciar todos esos pelitos ocres que adornaban su cuerpo. León le hubiese envidiado tanto. Se frotó la cara y peinó su barba hacia abajo. No era muy densa ni muy larga, le hacía parecer un desaliñado, pero teniendo en cuenta que usó mi gel bueno, olía casi tan bien como el café que estaba a punto de llevarme a la boca.

—Ya estará frío. Me equivoqué contigo, en vez de un lince eres una marmota —me dijo poniéndose la toalla sobre los hombros.

—Dijo al que le he tenido que propinar un cojinazo para que se despertara. Y me llamo Gaia. Ahórrate los apodos de animales para otras. Conmigo eso no funciona. Con Abbie, menos. Aviso.

—Digamos que he dormido poco. Bruno —aclaró— ha dormido poco. Tienes una novia muy insistente, ¿sabes? Tú una novia insistente y yo un whisky de ocho años en la bodega del café.

Vamos a hacer una pausa: Me esas palabras como una frase con segundas. El insoportable camarero, Bruno, tendía a sacarme de quicio y yo encajaba sus pullas con cierta dignidad. Pero las bromas con Abbie no las podía pasar por alto. No es que yo no confiara en ella, es que a él no lo conocía de nada. El surrealismo y el café me estaban llevando a una zona de no confort donde no podía esperar nada concreto. Eso me asustaba. Respiré profundo y di un trago largo. Como él bien dijo, el café ya estaba frío, pero inundó mis papilas gustativas con un amargo abrazo de esos que estrujan costillas y reconfortan espaldas. No pude decirle nada con respecto a Abbie, pero eso no me quitaba las dudas de la cabeza. Cada mañana despertar sin ella era como soltarme en unos grandes almacenes con un centenar de desconocidos hablando otro idioma y con señalectica en hebreo. No entendía absolutamente nada de la vida porque mi único sentido era esculpir frases que nunca llegaban a florecer de mi bolígrafo. Ella era la que me ponía los pies en la orilla para no seguir varada por el mundo, perdida, desconcertada y rota. Hundida. Abbie era el motor de una balsa que mi abuelo me dejó y esta responsabilidad me estaba matando.

—Está muy bueno —miré la taza —No recordaba tener café en casa.

—Tenías un paquete casi acabado y uno sin abrir de achicoria. No es gran cosa. No tienes mucho para hacer algo decente aquí.

—Tenía que haber probado el que me hiciste antes de ayer —dije arrepentida.

—Ya no hay vuelta atrás. Si no te importa, me voy ya —dijo cogiendo su camiseta del sofá — Dile a Abbie que gracias por todo. Olvida lo de ser socios y eso. Ha sido una mala idea venir aquí.

—Aún no sé por qué estás aquí. Cómo acabásteis aquí los dos.

—Que te lo cuente Abigail.

Capítulo seis.

La puerta del piso tenía tres vueltas de llave. Desde que Marina murió, hacía trescientos once días, Bruno había dormido en el sofá. El cuarto que compartían estaba cerrado desde el día de su funeral y acumulaba un polvo ingente, capas y capas de piel muerta y textil desprendido que se colaba bajo la puerta. Cuando Bruno entró a su casa, dejó la chaqueta encima de la mesa del comedor, preparó una sopa de sobre y encendió la tele para verla mientras comía. Comenzó a llover a mares. Quizás, en todos esos días, en esas siete mil cuatrocientas sesenta y cuatro horas sin verla, la había visto de nuevo en los ojos de Abbie.

—No —contestó Bruno con una sombra en la mirada.

—Pides demasiado dinero y te podemos dar la mitad mañana mismo. No hace falta ni que estés aquí —contestó Abbie.

Bruno tuvo que ceder porque era Marina la que le hablaba. Tal vez la locura había tocado a su puerta y el duelo jamás se superó. Aceptó porque abrió ese sitio por ella y ella había vuelto, en otra forma, en otro cuerpo, para decirle algo.

—Tendrás que hablar con mi abogado. Quiero la mitad de todo y no quiero ninguna responsabilidad. Si no llega a nada, me deberás un cuarto.

—Es lo justo —dijo Abbie.

—Voy a nombrarme socio mayoritario abriendo una botella de whisky. Te dejo acompañarme.

—Qué menos.

Abbie no llamó a Gaia porque jamás le perdonaría haber hecho un trámite así sin consultarla. La cobardía de Gaia en muchas ocasiones se convertían en indecisiones absurdas. El dinero, su familia, el pelo que le cortó a su abuelo. Veintiséis años dedicados al miedo y ahora tenía la oportunidad de cometer un acto de fe. Lo hablaron durante la universidad: el miedo la tenía bloqueada y atrapada en una insatisfacción permanente. Todos los folios en blanco que se quedaban en carpetas que cogían polvo y humedad no eran más que recordatorios de lo cobarde que es un escritor cuando asume que sus letras no tienen nada que contar. El mundo interior de Gaia la estaba eclosionando porque era incapaz de canalizar nada. Miedo como barrera. Miedo como excusa. Miedo como manera de morir.

Bruno, sin embargo, utilizó el miedo como escudo y arrasó con todo. Tras los villanos se esconde una historia triste. Tres vasos de whisky sin hielo le hicieron falta para abrirse a Abbie y verse reflejado en el oscuro de sus ojos.

—Cambia todo. Quiero que esto resurja de nuevo —dijo tras dar un trago y lamerse los labios.

—¿Qué pasó?

—La gente dejó de venir.

—No, que qué pasó contigo. Algo me dice que si quieres deshacerte de esto de esta manera, casi al mejor postor, será por algo. A la chica de ayer apenas la escuchaste. Hoy casi nos lo regalas.

—Socio mayoritario. Cincuenta por ciento, recuerda —bebió— Tengo mis motivos.

—Cuéntame esos motivos. Me interesaría mucho saber que aquí no mataste a nadie.

—No. No maté a nadie. Pero alguien murió.

Marina y él se conocían desde niños. Fueron al colegio y al instituto juntos y se besaron por primera vez en un autobús de línea camino a casa de ella. Esa noche ninguno de los dos durmió

porque se pensaron hasta el día siguiente. En clase se sentaron en mesas contiguas y estuvieron así hasta terminar el último curso. Cuando Marina decidió ir a la universidad Bruno dejó el bar de su padre para seguirla. Entre todas las personas que se había cruzado en la vida, ninguna como ella. Miraba el mundo con ojos negros, pestañas rubias y un centenar de pecas que dibujaban galaxias enteras en sus mejillas. Con los ahorros de toda su vida, compró un bajo y montó su primer negocio. Dormía, sin licencia de habitabilidad, en un colchón en el suelo. Cuando podía, Marina se escapaba de la residencia para dormir con él. Se pasaron así cuatro años en los que el negocio creció y Bruno pudo comprar el piso de arriba para ampliar ampliar la cafetería y dejarla como siempre había imaginado. Celebraron la graduación de Marina y la apertura oficial del café, al que llamó Neptuno, el dios que eligió en mar como morada. Bruno, que eligió a Marina como hogar. Ella murió cinco años más tarde de cáncer de páncreas.

Había pasado casi un año de eso. Cerró durante dos meses y volvió a casa. Todo lo que había hecho en la vida era estar junto a ella y ahora nada parecía igual. Nada cobraba sentido. El espacio que ella ocupaba a su lado había sido sustituido por un vacío que absorbía su energía, su alma, su ser, lo que sea que tuviese más allá de la piel, la carne y los huesos. Cuando volvió a la ciudad abrió de nuevo porque no supo qué otra podría hacer. Al menos todas las paredes del Neptuno tenían algo de ella. Si no era el roce de sus manos, era su espalda apoyada, su pelo rozando el suelo o su cara sobre la barra el día que se durmió esperando que Bruno cerrara. La gente dejó de venir porque Bruno dejó de esperar a nadie. Quién más importante que ella; nadie.

Abbie bebió dos vasos de whisky y derramó tres lágrimas cuando Bruno terminó de contar su historia. Abrazó a aquel hombre que no conocía de nada solo por la sinceridad de sus palabras. Bruno quiso seguirla hasta el confín de la tierra en ese momento y ella, en un acto de empatía, le ofreció su sofá tras pasar todo el día juntos llorando y bebiendo como cualquier desconocido que se abre en canal en un acto de valentía.

Cuando la lluvia amainó se hizo más presente la soledad en su casa. La sopa que no había acabado se enfrió y los fideos yacían en el fondo del bol como náufragos ahogados. Bruno se levantó y tal y como hizo con Abbie, quiso abrirse en canal hasta sangrarlo todo ese mismo día.

Se acercó a la puerta de su cuarto y apoyó su frente en ella. Casi un año atrancada por el miedo y el dolor. Se dió tres pequeños golpes porque sabría, que sin la violencia que se puede aplicar uno a uno mismo, no tendría el coraje de hacer nada. Seguir golpeándose sería la única moneda de cambio a no abrir aquella puerta. Fuese un golpe físico o no, cada día sin sangrar los recuerdos que lo oscurecían, eran latigazos en su espalda. Con el último golpe agarró el pomo de la puerta. La abrió.

La cama estaba deshecha, tal y como saltó de ella el día que Marina se desmayó en el pasillo y tuvieron que volar al hospital. Ella no volvió a casa. Todas sus cosas estaban ahí, sus vestidos, su bufanda favorita, los zapatos que se compró el día que hicieron diez años juntos. Solo faltaba la camiseta que le dio tiempo a coger para ponerle algo por encima antes de subirla al coche. Bruno cerró el armario con fuerza, de un portazo, y se sentó en la cama. Llevó las sábanas a su nariz y respiró fuerte. Ya no olían a nada que tuviese que ver con ella. Olían a humedad, a cerrado, a soledad. Ya no quedaba nada de Marina a pesar de haber querido encerrar sus recuerdos en esa habitación. Seguramente se fueron por debajo de la puerta, allí por donde entró el polvo que habitó ese cuarto los últimos meses.

Capítulo siete.

León y Luca estaban comiendo en el comedor mientras mi madre leía el periódico en el jardín. Abrí la puerta con mis propias llaves a pesar de haberle insistido a mi madre que aquella ya no era mi casa.

—Cómo no va a ser tu casa, si no tienes nada más —me dijo en su día mi madre.

Aquellas llaves más que el pase a mi hogar era una cadena a mi familia. Pero lo hipócrita hubiese sido no usarlas para luego decirles todo lo que les venía a contar.

León se recostó en la silla cuando me vio entrar y Luca seguía comiendo. Pasé de ellos porque no quería que nada me alterase antes de hablar con mi madre. Creo que ya se sabe de sobra que no les soporto. A ninguno. A León sobre todo. Aceleré el paso para no darles la oportunidad de hablarme. Por muy impertinentes e imbéciles que fuesen, jamás hablarían con la boca llena. Ni aunque les fuese la vida en ello.

Mi madre siguió leyendo ajena a mí a pesar de que arrastré una silla hasta ella. Nunca sabía si es que se quedaba absorta cuando leía o es que realmente hacía un sobreesfuerzo para ignorar a todo ser vivo que le interrumpiese. Pasó de página asintiendo.

—Mamá.

Reinó el silencio unos larguísimos cuatro segundos y habló.

—Al fin te dignas a aparecer. Habrás comido, ¿no? Porque aquí se come a la una y no son horas ya.

—He comido —mentí—. No venía a eso.

—Si quieres dinero dime cuanto y te lo paso esta tarde.

Resoplé y metí la mano en mi bolso. Supuse que lo que mi madre esperaba era mi cartilla del banco. Me encantaba que fuese tan predecible. Dinero y posición social como únicos pilares de esta casa. Joder, por eso no quería esas estúpidas llaves. Saqué la postal del abuelo y se la puse delante del periódico.

—¿Qué es esto? —dijo mi madre mientras cogía la postal.

—El abuelo se ha ido a París y me ha dejado trescientos mil euros en un cheque.

—¿Al portador?

—A mi nombre —atajé.

Su padre se había ido a dos mil kilómetros de la ciudad lo único que quería saber era si podría tener acceso al dinero. Era increíble. Se levantó de la silla, dejó el periódico en el suelo y se metió por la puerta de la cocina dando un portazo. Me quedé sola un buen rato. Supuse que aunque lo que le hubiese contado era poco, era lo suficientemente fuerte como para hacer estallar una bomba en casa. Es más, esas breves palabras hicieron una mecha muy corta que ardió de manera inminente. Escuché gritos y portazos hasta que León salió al jardín hecho una furia, con papeles en la mano. Luca se quedó en el umbral, apoyado, observando cómo el león intentaba devorarse al lince.

—¡No había dinero! ¡No había dinero! —repetía gritando como un energúmeno mientras se me acercaba.

No le contesté. Nunca me ha gustado discutir y menos con él. El propósito de mi visita no era, ni mucho menos, restregarles una posición privilegiada porque no me sentía así en absoluto. Era meramente informativo. Dentro de unos días me verían inmersa en un proyecto y debían saber de dónde venía. Además, me fastidia admitir que León tenía muy buenos contactos porque era un

auténtico lameculos en la universidad.

—¡Gaia! ¡Que me contestes cuando te hablo! No había dinero en la cuenta del abuelo —dijo despacio, como si yo fuese tonta o me costase entender a frase que había repetido una y otra vez desde que salió por la puerta.

—No lo sé, León. No lo tendría ahí todo. No lo sé.

Se llevó el puño a la boca porque sabía que no me podía tocar un pelo. Se mordió el dedo índice y tiró los papeles al suelo, pegó puñetazos al aire, gritó un par de veces hasta que mi madre salió de nuevo para tranquilizarle. Qué pensarían los vecinos de aquel espectáculo.

—¿De dónde lo ha sacado el abuelo, Gaia? ¿Qué mierdas sabes? ¿Por qué está en París, eh? ¿Por qué no ha tenido la decencia de decir que nos ha mentado a todos?

—León, es su dinero. Hará lo que le dé la gana con él, como tú haces lo que te da la gana con el tuyo.

—¡No! Es nuestro dinero. Papá trabajó para él hasta que murió y si no hubiese sido por él, jamás, ¿me oyes? Jamás hubiese podido vender la empresa por todo eso. Que ahora veo que es más... ¿Para qué? Para dárselo a la fracasada ésta que no tiene donde caerse muerta.

—León, esta también es la casa de tu hermana —interrumpió mi madre, por una vez, diciendo algo agradable a mi favor —No le digas esas cosas. No sabemos qué ha pasado.

Les conté todo lo que había pasado estos días atrás, lo de después de la cena del día del funeral, lo de la carta, el dinero, lo que el abuelo me pedía, mis dudas e incluso lo de Bruno.

—¿Me estás diciendo que nuestro dinero se lo va a quedar un señor porque le vas a comprar su cafetería para montar una barbería? ¡Ni de broma! ¿Me oyes? —me dijo—. Tienes una hija estúpida, mamá.

—A ver, vamos a calmarnos. Seguro que el abuelo no está pasando su mejor momento. Nadie lo hace. Llamo al abogado, buscamos al abuelo y seguro que no está en condiciones de dejar tal cantidad de dinero. Se rompe el cheque y listo. En el fondo es una alegría que haya pasado esto. Ya sabemos que hay donde se suponía que no había.

No pude dejar de imaginarme a mi madre pensando en su coche nuevo, un viaje en barco o de compras de nuevo en tiendas ofensivamente caras.

—Voy a hacerlo. El abuelo está perfectamente de la cabeza, León. Mañana mismo puedo ir al notario y hacerlo todo. Legalmente no me lo podéis impedir, ese dinero es mío ahora.

León se dio la vuelta y empujó con el hombro a mi madre que se quedó mirándome sin mover un solo músculo. Cuando mi hermano quiso entrar en casa agarró del brazo a Luca y éste se resistió a entrar con él.

—Mamá, escúchame...

—No. No voy a escucharte. Sabes por lo que hemos pasado. Hasta que no se murió mi madre nos hemos desvivido por ellos porque no es fácil vivir enclaustrados en un cuarto. Tu abuelo vendió y no le recrimino nada por ello, pero nos mintió aún sabiendo que lo de tu padre no nos iba a durar eternamente.

—¿Estás oyendo lo egoísta que suena eso?

—¿Tan egoísta como no hacer nada con tu vida y esperar a que te extiendan un cheque? ¿Cuánto has publicado desde que decidiste escribir?

Callé.

—Si mañana vas a cobrar el cheque y compras ese local o lo que sea que vayas a comprar, me quedo sin una hija. Desde luego sin padre también me he quedado.

Mi madre se fue con paso ligero y también quiso llevarse a Luca dentro. Él se apartó de su trayectoria y se quedó mirándome un buen rato. Pensé en irme y también en lo violento que sería

entrar de nuevo en casa para salir por la puerta principal. Desde luego, ese fue el momento más incómodo que había vivido en años. Teniendo en cuenta lo torpe que era, estaba ante un momento crítico.

Luca terminó por acercarse. No calculé el tiempo en el que tardó en reunir la valentía suficiente para burlar las leyes por las que se regía esa casa. Que mi madre perdiese una hija implicaba que Luca perdía una hermana porque a mamá no se le traicionaba nunca. Era quien pagaba sus salidas, sus polos de cuellos almidonados y las carreras. Una mafia, así lo definía yo. Yo, sí, con un cheque de trescientos mil euros.

—Estoy harto de León y de hacer cosas que no quiero hacer por él.

No le dije nada. Se fue acercando hasta sentarse en la silla que antes ocupaba mi madre. Le miré para que no pensase en que tenía algo en contra de él. Le di pie a que siguiese hablando.

—No soy muy listo, Gaia, pero el abuelo sí lo es. Si no nos ha dado el dinero a nosotros o nos ha mentado, será por algo. Hay que ser muy listo para entender que la vida en un cuarto vale más que la que se pueda tener ahí fuera porque ahí fuera no está el amor de tu vida. Si León hubiese sido el abuelo, su mujer se hubiese muerto hace tiempo y él solo se hubiese preocupado en poner una bonita esquela en el periódico y en decidir en qué gastarse el dinero de una empresa que no hubiese vendido ni loco. O tal vez sí, pero habiéndose asegurado que tendría el suficiente dinero como para abastecer veinte años de brandy. No va a durar mucho más si sigue bebiendo así. No le hagas caso. No hagas caso a nadie de aquí. Ni siquiera a mí. Haz lo que quieras. Pero si decides hacerlo de verdad, recuerda hacerme precio familia cuando vaya a afeitarme los sábados.

Luca era lampiño y tenía una ligera sombra debajo de la nariz los días en los que el bigote le lucía frondoso.

Luca no era, desde aquel momento, el tipo más tonto de la casa al fin de cuentas.

Capítulo ocho.

Las manos temblorosas guardaban una carta doblada en cuatro partes asimétricas y una foto. Ámsterdam se desplegaba a sus pies mientras el viento en contra le abría la gabardina. La carta se veía tentada de huir con la brisa y la foto se doblaba aferrándose a los pulgares del abuelo. Palpó la gabardina insistentemente para encontrar los bolsillos que insistían en bailar al aire. Una tormenta se acercaba. Se notaba en lo pesada que caía la humedad en los puentes de los canales. Estaba anocheciendo y la caída del sol se solapaba con un nubarrón gris que adelantaba la noche. Maldita sea, la primera gota cayó en su zapato izquierdo.

Una tras otra, como perdigones fulminantes contra el asfalto, los tejados y los nada precavidos transeúntes que caminaban sin paraguas, cayeron. Las gotas, esferas perfectas, se chafaban y explotaban como bombas de metralla cuando golpeaban sólido, y se hundían, mezclaban y perdían, como el humo en el aire, cuando se lanzaban a los canales y ningún bote las salvaba. Se ahogaban ahí, justo de en las entrañas de donde procedían. Morían, en los regazos de su madre después de haber tocado el cielo para precipitarse más tarde.

La gente corría de un lado a otro. Quien ha advertido nubes como esas antes, sabe que carga tormentas tan bravas como majestuosas. El abuelo levantó su maleta de piel y se la llevó al pecho. Las letras de la carta se empezaron a intuir a pesar del sobre. La humedad empezó un trabajo que terminó la lluvia. La tinta azul comenzaba a extenderse y a teñir la camisa del abuelo. Ésta también se mojó y dejó sus tatuajes cubiertos por una fina capa de nylon casi transparente abotonada hasta el cuello. Corrió hasta un vuelo que sobresalía del edificio más cercano.

Tiró la maleta al suelo y buscó el sobre y la foto. Estaba intacta. Lo que no sabía el abuelo es que ni esa foto, ni esa carta, llegarían nunca a manos de Gaia. Se pasó la mano por la cara y se secó como pudo las gafas, frotándolas con las mangas de la gabardina. Tan solo arrastró y dividió las gotas en gotas más diminutas. La mirada se le empañaba. La tormenta no cesaba. Los goterones que caían del tejado suponían cascadas en una ciudad para él desconocida y salvaje. Decenas de personas correteaban ansiosas como hormigas que pierden la entrada a su hormiguero. Cabezas cubiertas, flequillos mojados con ojos entreabiertos, bicicletas que derrapan por los charcos. Frío que empezaba a apoderarse de sus huesos calados. La foto de nuevo.

El abuelo se había llevado una cámara desechable a su aventura. No le encontraba la belleza a disparar a lo loco, poder borrar y poder editar las imágenes. Era como el amor moderno. El amor de antes era arriesgado, no la certeza de poder pasar de mano en mano. La belleza estaba en el instante que dejas a la suerte la captura del momento idóneo. Cierras los ojos y disparas. Cierras los ojos y dejas que te roben un beso. Si te enamoras, la instantánea es perfecta. Hizo doce fotos en París y doce fotos en Berlín. Le quedaba una.

Cuando llegó a Ámsterdam cogió un autobús que le dejó a dos calles del puente donde comenzó la tormenta. Eran las dos de la tarde de un viernes. Los rayos de sol colándose entre las nubes proporcionaban una estampa digna de foto. Dejó la maleta en el suelo y rebuscó en el bolsillo exterior. Bajo el neceser y el mapa mal doblado, estaba la cámara. Se la llevó a los ojos cuando vio a una pareja acercarse al puente. Él la agarraba por la cintura, incluso cuando ella caminaba muy por delante. No dejaba de tocarla. Por un segundo pensó estar reviviendo su época más feliz, cuando su mujer caminaba daban largos paseos junto a la ría. Tampoco podía dejar de tocarla. Su piel era blanquecina y aterciopelada, exactamente como crees que va a ser la piel de una duquesa del siglo XVI cuando la ves en un cuadro. Mentira, esas pinceladas eran incluso

menos delicadas que lo que fueron los poros perfectos de su mujer.

Los jóvenes se aproximaron al puente y se besaron. El abuelo no quería mirar, mucho menos con la cámara a medio camino de sus ojos y su cuello. Hubiese parecido un perverso si la pareja hubiese continuado besándose, pero no lo hicieron. Se apartaron delicadamente entre susurros y risitas hasta que él se agachó frente a ella. La manera de comprometerse de los jóvenes de hoy en día no llega a la alianza, sino a un candado con iniciales grabadas con la punta de un compás. Enganchó la promesa eterna al pasamanos del puente y ella tiró la llave. Se volvieron a besar. El abuelo miró su anillo de casado hasta que los gritos de un policía le secuestraron de su idea.

—Wat doen jullie?! —dijo. Algo como preguntar qué demonios estaban haciendo.

Los jóvenes amantes, asustados, huyeron calle arriba agarrados de la mano. Como si hubiesen tocado todos los timbres de un portal a las cuatro de la mañana. Lo único que el abuelo pensó en aquel momento era que, a pesar de la ilegalidad de ir dejando trozos de acero embriagado de amor por las calles de Ámsterdam, seguramente sería un momento que recordarían toda la vida. Si no se diese el caso, las llaves en el fondo del canal se oxidarían para recordarlo. Agarró la valla del pasamanos, aferrando bien los dedos entre las barras y disparó la cámara. Lamió su dedo y se sacó el anillo.

—Inolvidable, como este viaje —le susurró a la alianza.

Tras trazar un arco perfecto en el aire y oír silbar el oro al viento, el anillo cayó ondeando en agua para no ser encontrado jamás.

A los bienes materiales se les tiene un apego irracional cuando van sujetos de recuerdos. Quería desprenderse. Tenía que desprenderse. Si la huella era lo suficientemente profunda, que lo era, no habría alianza en el mundo que la haría estar más presente. Su esposa se apagó tan lentamente que dejó su marca a fuego en cada arteria. Sin serlo, era sangre de su sangre: la tenía dentro y la tendría siempre. Un anillo en el fondo de un canal era la manera de conservar todo aquello diciendo, a su vez, hasta siempre.

Era un tipo raro el de la tienda de fotografía, mucho más que el librero que le vendió una guía de idioma y que tenía, con mucho estilo, todo hay que decirlo, un parche en el ojo y un sombrero encantador. Miró la cámara por todos los ángulos con el labio inferior solapando el frondoso bigote que tenía. Las gafas colgando de la punta de la nariz, observando toda la simpleza que una desechable puede tener, por encima de ellas.

—Para hoy, sin problema. Una hora —le dijo según la guía de idioma.

—Ik will mar één foto. Één —pidió el abuelo levantando el índice — Foto. De —rebuscó entre el vocabulario —laatste.

—Ja.

El señor con bigote le ofreció asiento. Un taburete cojo en una esquina. Ya nadie visitaba esa clase de sitios y el dispensador de agua vacío y lleno de vaho lo confirmaba. Era una tienda curiosa. En las paredes los marcos con retratos se montaban como tejas de un tejado a dos aguas. Pocos huecos quedaban para ver la pared de escayola blanca que se descascarillaba en el techo. El suelo crujía y se levantaba, probablemente por la humedad. El señor del bigote asintió un par de veces antes de entrar murmurando a donde se supone que se encontraba el cuarto de revelado. El abuelo se levantó para ver todos aquellos retratos. Una pareja, como la del puente, con un fondo de nubes; un niño con camisa, serio; un bebé en los brazos de su padre. Se acordó de Gaia.

Cuando su primera nieta nació le dio un beso a su esposa y luego le pidió permiso para ir al hospital. A la abuela se le cayeron un par de lágrimas. La primera, de alegría. La segunda por no poder acompañar a su marido a conocer a su nieta. El abuelo, en su primer día como abuelo, salió corriendo del portal con la camisa por fuera y sin peinar.

—Gaia —le dijo a su nieta cuando la tuvo en brazos— Te llamarás Gaia, como tu abuela. Y serás a partir de hoy mi segunda persona favorita en el mundo.

Ahora era la primera.

Buscó en su maleta una libreta y un bolígrafo. Se sentó de nuevo en la banqueta coja y, apoyado en la maleta, escribió:

Gaia:

No hay espacio suficiente en una postal para escribirte esta vez. Acabo de cometer la locura de tirar mi alianza a un canal. Creo firmemente que dentro de cada uno de nosotros hay pequeñas piezas que mueven otras tantas. Como un reloj. Sí, eso es, un mecanismo que parece ensamblado a la perfección. Desde que conocí a tu abuela, una de esas piezas cayó, se desintegró, se movió o se oxidó, dejando al resto huérfanas de actividad. Mira, el amor para mí superó los ideales. Las rosas se marchitan, pero una mirada cómplice, aunque venga de un cuerpo postrado, prevalece. Qué extrañas son todas las personas de este mundo desde que la conocí. Qué caras más grises y qué almas más sucias se enfunda la gente. Qué risa tan bonita era la suya.

Como te decía, Gaia, desde que la amé, latió raro por dentro este músculo sangriento que tantas ganas tuve de entregarle. Amé mucho y amé bien. He tenido tiempo para despedirme de tanta gente en el camino. Y de ella, de ella también.

Volveré a escribirte y nos veremos muy pronto.

Te quiere,

Tu abuelo.

Ámsterdam a 13 de septiembre de 2017.

PD: Te mando una foto donde dejé todo mi amor por tu abuela.

Aun a la espera del frondoso bigote con el señor pegado, arrancó la hoja, dobló la carta y guardó el bolígrafo. El recuadro de una postal no solo se hubiese quedado pequeño para todas esas letras disformes y nerviosas, sino que la sinceridad de aquellas palabras no se hubiese podido ver reflejada en la imagen comercial de cualquier postal de gasolinera. Junto a la caja registradora había unos sobres. Uno de ellos, siendo objeto de robo, fue el elegido para contener las letras. Como un niño robando un caramelo, se ruborizó al cogerlo. Quedaba margen para la foto. El bigote apareció entre las sombras de las cajas de la puerta trasera. Unos guantes de algodón apretaban un papel mate; en el papel mate la mano del abuelo, el anillo de la abuela. Bigote le cobró tres euros con cinco céntimos. “Een envelop”, dijo. Un sobre, significaba. Tenía ojos en la nuca o cámaras en la tienda. La lluvia, que no había cesado ni un momento, tenía al abuelo arrinconado entre las estrepitosas cataratas vestidas de goterones y una pared a la que brotaba un musgo emergente.

La maleta empezaba a contemplar la idea de mojarse mientras veía cómo las riadas de la acera iban ensanchando su flujo, amenazando con arrasarlo con cada colilla que se interpusiera a su paso. El abuelo, metió el sobre bajo su camisa, se quitó el abrigo y cubrió su cabeza con él. Se lanzó a la carretera de cabeza, se recordó a la alianza. Era él también una promesa lanzada al vacío.

Empapado, dejó caer su abrigo pesado al suelo dentro de el primer bar que encontró.

Salpicó la madera crujiente y se dirigió a la barra con las manos frías y empapadas frotándose la cara. Un muchacho de pelo largo enmarañado le cogió el abrigo y con una sonrisa se lo dejó

encima del taburete más cercano. El abuelo dejó la maleta y la llevó junto a su abrigo empujándola con el pie, sin fuerzas, como si ahí fuera se estuviese librando una auténtica batalla.

El bar estaba al completo. El murmullo a ratos reverberaba más en la sala, como el subir de la marea, constante, ondulada. Se fijó, que entre tanta personas, ninguna parecía tener nada en común con otras, exceptuando la mesa del fondo, donde cinco jóvenes vestían traje y asentían arqueando las cejas cuando se dirigían la palabra. Una chica con unas gafas enormes empuñaba un bolígrafo y escribía a destajo mientras su compañero reía con el teléfono en la oreja. Una mujer muy elegante que se sentaba junto al abuelo llevaba gafas de sol. Se preguntó si acaso esta muchacha sería famosa. Por muy reconocida que seas, con una lluvia así no debe ser fácil que alguien te preste su paraguas. El chico que le recogió el abrigo del suelo estaba en una abundante mesa repleta de bizcochos y pequeños bocadillo, junto con al menos, en un vistazo rápido, siete personas más. Un par de asiáticos se quitaban la bufanda. A su lado un chico con jersey sorbía un café humeante mientras ojeaba una revista.

Dos mujeres más al lado de la barra, pelirrojas y ruidosas, pero con una risa hilarante. Sonaba lo que podía ser una guitarra, música tranquila. Estaba a salvo, sería cuestión de horas que cesase la lluvia y ahí servían comida.

Estaba lleno, pero el café era bueno, así que siguió dándole sorbos alternados con soplidos. Quemaba el condenado. Comió lo que parecía un pastel de zanahoria y un grueso trozo de bizcocho de chocolate. Era denso y se deslizaba torpemente por el esófago. En cambio era intenso y jugoso, algo amargo, pero agradable. Inundó la lengua y el chocolate abrazó todas las paredes de la boca. Las comisuras del abuelo explotaron en una sonrisa manchada de cacao. Con pena pidió el café para pasar toda esa masa dulce. No hubiese querido él desprenderse de ese sabor tan fácilmente. El mundo parecía conspirar en pro de su felicidad.

Por qué estaba ahí. El taburete parecía anclado al suelo, pero él se contoneaba como un alga atrapada entre dos corales. Se inundó el aire de una bruma espesa que imitaba al aire caliente del desierto o al calor de la carretera. Las caras de la gente ondeaban como banderas patriotas de la risa. Todo el mundo le miraba sin que nadie realmente lo hiciera. Por qué estaba ahí. No entendía a nadie y a su vez lo entendía todo. Otra lengua, los murmullos; hasta la música veía. La cuchara del café se cayó de su mano y pudo oír el aire que se cortaba hasta chocar contra el suelo. Se balanceó para equilibrarse tras aquel estruendo. La mujer elegante le miró fijamente y una voz grave salió de su boca.

—Estás pálido. ¿Te encuentras bien?— dijo realmente.

—Jamás la olvidaré. ¡No podréis hacer que la olvide! —contestó el abuelo.

El sudor era frío pero ligero, como nitrógeno que bajaba por su frente y por su nuca como la lluvia de ahí fuera. La palidez se había apoderado de su cara y de su rostro, probablemente también bajo las capas de ropa. La venas harían carreteras en un mapa de la estepa que ahora era su piel blanca, al amarillenta, algo enferma. Por qué estaba ahí. Locura verde. Marihuana en bizcocho.

—Este señor no está bien —se dirigió la mujer elegante al camarero.

La gente empezó a aglutinarse alrededor. El camarero, trapo al hombro, preocupado, saltó la barra como una rana salta al charco. El abuelo rió para terminar mareándose y cayendo del taburete. Dio tumbos, agarrado a la barra, por todo el local. Los jóvenes trajeados se levantaron para observar como suricatos en la sabana, con esa bruma ondeante delante y los ojos bien abiertos. Fueron las chicas pelirrojas las que alertaron a los glotones de la mesa del chico con el pelo enmarañado. Uno de ellos sacó un azucarillo del bolsillo y al intentar dárselo al abuelo éste se le abalanzó.

—Por qué lo tienes tú, si lo he tirado —dijo amenazante.

Nadie le entendía. Uno de los asiáticos le sacó una cámara. Era acaso él un mono de zoo que todos le observaban. Por qué estaba ahí. Se palpó el pecho y notó la carta, bajo ésta, una foto. Intentó meterla en el sobre a ritmo de un murmullo tenue, fruto del asombro y preocupación de quienes observaban. El camarero sacó su móvil y llamó a emergencias. El abuelo al fin logró encajar la foto en el sobre. Alzó la mano como si hubiese salido victorioso y sus párpados caían incontrolables. Qué había en esa oscuridad que sus ojos veían ahora. Por qué sus piernas flaqueaban. Por qué estaba ahí. Por qué su mujer no estaba a su lado.

Cayó, como su abrigo tras la lluvia, en el suelo del bar.

Capítulo nueve.

Habían pasado dos semanas cuando Bruno vendió su casa y entró por la puerta de nuestro piso. Me había agarrado a él como a una piedra suelta en la pared de un acantilado. En cuanto Abbie me explicó lo que habló el día que le propuso ser socio de la barbería a cambio del cincuenta por ciento de las ganancias, entendí que hay dos maneras de enfrentarte a tu pasado. La primera era odiandote, y es por la que Bruno se decantó en su día. La segunda era pidiendo ayuda y saliendo del pozo de la mano de alguien. Mi abuelo me tendió la ayuda a mí con este plan inesperado que asignó a mi vida. Nosotras quisimos ser, no es cheque, sino el billete de ida a una mejor vida, de Bruno. Además, prefería tragarme el orgullo con él que con León y mamá. He de decir a su favor que cada día que pasaba nos regalaba mejores palabras y su café era estupendo. Su cuerpo se había adaptado al sofá a la perfección y a pesar de traerle un colchón de casa de los padres de Abbie, me robó la manta he hizo de nuestro salón su cuarto particular. A veces roncaba y yo me lo tomaba como luz verde a la hora de acercarme a Abbie por las noches, que se dormía a los segundos de tocar la almohada. Todo mi mundo, por pequeño y simple que fuese hasta ahora, era un desconocido caos. Había que seguir, hasta el final, para que las aguas volviesen a su cauce. La demolición para la nueva construcción, así lo estaba viendo yo.

—Tienes que concretar las entrevistas, ¿no?

—No tienes por qué preocuparte de eso, Bruno —le dije—. Lo que tengo que hacer es ir a ver cómo han dejado el local. Nos vemos a la tarde —di el último sorbo a mi café con canela.

Bruno se pasó las manos por el pelo enmarañado que tenía. Siempre lo hacía cuando algo le preocupaba. Enredaba los dedos en el pelo y tiraba hacia atrás estirando su frente, aclarando ideas, supongo.

—¿Qué pasa? ¿No encuentras piso? —no quise sonar borde.

—No. Que va, no es eso. Mañana a la tarde tengo una visita a uno que pinta muy bien. Está todo bien, de verdad.

Bruno decidió tras firmar la venta del local que con su antigua habitación abierta, su casa era demasiado grande para él solo. Según nos dijo, buscaba un ático, un loft, algo sencillo. Lo único que se llevaría de su pasado sería la cafetera del Neptuno que ya no tenía ese nombre ni ninguno.

Cuando llegué al local no lo reconocí. La madera seguía ahí, sí, con todas sus texturas, pero debajo de una impecable capa de pintura blanca que penetraba en las vetas de los tablones. Olía a nuevo. El suelo, que también lucía blanco, tenía un sobresuelo que imitaba al cristal. Las juntas apenas se notaban, parecía una pista de hielo. Abbie me puso en contacto con uno de los diseñadores de la agencia en la que trabajaba y con los bocetos me quedé encantada, pero verlo, tocarlo, pisarlo y olerlo eran otra cosa. Todo estaba cogiendo forma de una manera casi matemática. A cada miedo aparecía una solución, a cada problema su fórmula. Claro, esa era la manera de avanzar.

—Gaia, guapa, falta nada. ¿Te gusta?

Se llamaba Frank o Fran. Francis, quiás. No lo sé, no me acuerdo bien de su nombre porque solo lo vi dos días en toda mi vida. Abbie juró que era fantástico y pude comprobarlo ese día.

—Me gusta muchísimo —lo hacía.

—Espera a ver la parte de arriba. Hemos cambiado las escaleras y mira, hemos tirado ese tabique de ahí que, entre tú y yo, no pintaba nada. El blanco se extiende por todo el local. Me han pasado los catálogos de los muebles, luego te los enseño. Te he marcado los que personalmente,

yo podría...

Le dejé de escuchar porque vi a Abbie por el hueco de la escalera.

—¿Abbie? —grité desde abajo.

Abbie se asomó y bajó corriendo.

—Ho-hola, amor —me dio un beso.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en el trabajo? Dime que tienes el día libre —dije arrimándome a ella mientras la agarraba de la cintura.

—Técnicamente, sí.

—Mmmm... así que te voy a tener todo el día conmigo con todo lo que tengo que hacer —le dije intentando besarle de nuevo.

—Y mañana. Y pasado. Y al otro, también.

Ahí es cuando me enteré de que Abbie se había despedido del trabajo. No supe qué decir porque no me parecía mal, pero todo estaba cambiando muy deprisa. ¡Ay, abuelo! Tiraste de un hilo que tenía mucho que desenredar. Incertidumbre y miedo de nuevo.

—Vamos a tomarnos algo y te lo explico mejor, ¿quieres? —me ofreció Abbie con cara de no haber roto un plato en su vida.

Lo cierto es que era verdad, jamás había roto un plato nunca. Era perfecta, o al menos lo que todo el mundo catalogaba de perfección aquí, en todos los sentidos, por eso sentía el vértigo en mi nuca, porque estos cambios no eran propios de ella.

Fuimos a un bar dos manzanas más abajo. Era grande, sin terraza, así que nos sentamos en la última mesa, allá donde la luz natural no llegaba del todo y una tenue bombilla teñía de amarillo la estancia. Mi barbería, aún sin serlo, tenía mucha más clase que ese lugar. Ya empezaba a creermelo algo y eso era nuevo.

—Sabes que este último mes no nos hemos visto mucho y con todo lo que ha pasado hemos estado viéndonos solo para dormir —admitió.

—Lo sé. Lo entiendo, no pasa nada. Siempre has trabajado mucho y tal vez no lo he valorado lo suficiente como lo hago ahora, que me estoy volviendo loca con tanto papeleo. Estoy madurando, Abbie.

—Gaia, dejé de trabajar hace dos semanas —confesó—.

No sabía qué pensar. Primero me sentí confusa porque eso significaba que estuve viviendo en una realidad paralela durante quince días. Abbie jamás me había mentido antes, y técnicamente no lo había hecho. Sus motivos tendría, pensé. Hizo el mismo gesto que Bruno y pasó su dedos por su pelo escalonado. El pelo crece, las relaciones terminan. Esto no podía estar pasando.

—Abbie, ¿me estás dejando?

—¡No! ¡Claro que no! Muy al contrario —exclamó.

¿Te habéis montado alguna vez en una montaña rusa? ¿Sabes la sensación de caer al vacío después de llegar al punto más alto de la atracción? El corazón parece descolocarse del pecho y sube por la garganta para advertirte que puede salir huyendo por la boca y quedas descorazonada para el resto de tus días. Esto jamás ocurre porque la amenaza es suficiente como para asustarte. Qué haríamos sin corazón. Toda la sangre que creí congelada bombeó de golpe y cubrió todos mis capilares hasta la punta de cada dedo. Un cosquilleo invadió mi cara y no tuve más remedio que contraer mis mejillas y sonreír. Abbie me cogió de la mano y me acercó a ella.

—¿Cómo voy a dejarte? ¿Eres tonta?

Creo recordar que se me humedecieron un poco los ojos. Abbie cuenta que me puse a llorar como una desconsolada. No sabría decir cuál de las dos versiones es la buena. Probablemente ninguna.

—Nos unimos al carro, amor. Vamos a ayudarte con esto.

—¿Nos? ¿Quiénes? —ahora sí estaba desconcertada.

Sonó el teléfono de Abbie en el momento oportuno. Si cuando digo que todo ocurrió con una perfección matemática, no exagero. Abbie se levantó de la mesa algo nerviosa. Habló por teléfono de manera escueta, paseándose de un lado para otro enfrente de mí. Me levanté a pedir una tónica para volver a equilibrar mi cuerpo después de tanta noticia. Mi abuelo siempre se bebía una después de comer. Hacía tiempo que no sabía nada de él.

—Viene Bruno —dijo Abbie abrazándome desde atrás—. ¿Me das un trago?

—Claro.

Agarré su mano porque el susto no se me había pasado del todo. Tendemos a quiere más cuando dejan de querernos. A desear lo imposible. A prometer cosas futuras olvidándonos del presente. Si bien ella nunca estaba en casa, yo nunca me levanté a su hora para desayunar con ella cada mañana. Qué estúpida he sido hasta ahora. No me la merecía.

Cuando Bruno asomó por la puerta ya me había tomado dos tónicas y Abbie intentó tragarse un café horrible. La taza se quedó medio llena y fría. El pelo de Bruno cada día se parecía más al mío. Si no fuera por el castaño de sus greñas que tenían todo que envidiar a mi rojo fuego, diría que me parecía más a él que a mis propios y repeinados hermanos.

—Hola, chicas —parecía un cachorro esperando que lo adoptasen.

Se sentó tímido en la mesa con nosotras y miró el café de reajo.

—Aquí café no, ¿no?

—No, mejor pídete otra cosa —le aconsejó Abbie.

Tomó un zumo de bote y un sandwich de atún mientras yo le miraba expectante. No teníamos gran cosa en casa, pero siempre le dijimos que como si estuviese en la suya propia. Se ve que no nos hizo caso y estaba hambriento, porque rebañó con la corteza del pan hasta el aceitillo del plato. Bebió el resto del zumo de un trago y se limpió concienzudamente la barba llena de migas. Yo seguía esperando.

—Y bien, después de es noble tutorial sobre cómo comer mientras cos tías te miran, cuál es el fin de esta visita. ¿Te aburres buscando piso? —tampoco quería sonar borde esta vez, pero mencionar el tema piso hacía ver que me sobraba en el mío.

—Serviremos café —dijo bajito y sin mirarme a la cara.

—¿Qué?

—Que serviremos café —un poco más alto.

—Te he oído. Entiende que no puedo contextualizar esa frase ahora mismo, Bruno.

—Lo que Bruno quiere decir es que serviremos café en la barbería.

Seguía sin entender nada.

—Lo hemos estado pensando. Bueno, lo tenemos claro ya. De hecho he estado con Abbie los últimos quince días organizando todo para enseñarte la idea.

—Una emboscada, eso es lo que me estáis haciendo. Abbie, tía, qué te está pasando en la cabeza —le dije.

—No, no. Si ha sido idea mía —interrumpió Bruno—. No quiero dejar el negocio y no quiero irme de la ciudad. Nunca había levantado tanto cabeza como hasta ahora, con vosotras. Si la mitad de las ganancias van a ser mías, colaborar no va a ser problema para ti. Digamos que es un plus. Un servicio adicional para la mejor barbería de la ciudad. Mientras la gente espera, se toma un buen café.

—¡Un buen café, amor! —exclamó el café aguado que había dejado a medio tomar.

—Y no vas a tener que hacer nada —siguió Bruno—. Lo tengo todo. La barra sigue donde

estaba. En vez de mostrador seguirá siendo mi barra.

—Solo hay que instalar una pequeña recepción a la entrada y la lo hablé con Frank —aclaró Abbie.

Finalmente ese tipo se llamaba Frank y sabía mucho más que yo, por lo que se veía.

—Tu tienes la última palabra, Gaia. No era nuestra intención dejarte al margen, es que consideraba que lo tenía que trabajar aparte de todo para no involucrarte en algo que podría no salir bien.

—¿Este es el motivo por el que has dejado tu trabajo? ¿Por ayudarlo? —pregunté a Abbie.

—No, por ayudarte a ti —contestó—. Además, tengo que enseñarte algo. Enseñaros —matizó — algo.

Me agarró la mano de nuevo y salió escopetada del bar. Bruno nos siguió con su paso lento característico. Cenizo. Entramos de nuevo en la futura barbería y Frank se acercó de un modo un tanto agresivo con tres muestrarios de tapicería y un catálogo de muebles.

—Ahora no, Frank. Voy a enseñarles la parte de arriba— le dijo Abbie esquivándole.

Subimos las escaleras, que olían a pintura como todo el local. Abbie se detuvo un segundo para ver si Bruno nos alcanzaba de una vez.

—¡Venga, Bruno!

Abbie se ponía muy nerviosa cuando tenía que enseñar algo. De hecho, en mi cumpleaños compraba el regalo en el último momento porque era incapaz de guardar el secreto. Yo consideraba un don ese entusiasmo. Antes de llegar a la última escalera me tapó los ojos con su mano.

—Ahora un escalón más —dijo ayudándome a subir—. Eso es. Estamos. Bruno, no digas nada hasta que le destape los ojos.

Caminamos unos pasos más. He de confesar que estaba nerviosa, porque las sorpresas de Abbie nunca me eran indiferentes y ese día estaba de un nerviosismo especial. Me destapó los ojos y cuando los abrí el blanco me inundó de nuevo, como en la planta principal. Todo brillaba e invitaba a respirar hondo. Limpio, luminoso, amplio. Pero lo importante era la pared del fondo. Trazos negros, tan negros como el coche que guardaba la casa de mi abuelo, invadían elegantemente la pared.

—Si no te gusta o no quieres que Bruno trabaje aquí, solo tengo que pasarle un par de manos de pintura blanca y quedará como el resto.

—¿Lo has pintado tú? —le pregunté asombrada.

—Sí. En parte es la razón de que haya estado también fuera de casa tanto tiempo durante estos días.

—“Blades & Cups” —leí—. Cuchillas y tazas.

—Gaia —dijo Bruno—, si dices que sí a mí me parece el nombre perfecto.

Capítulo diez

Bruno y yo nos acomodamos en el sofá recién tapizado como dos jefazos. Nunca he sido de alardear porque, sinceramente, no tuve la oportunidad de hacerlo antes, pero esa sensación era muy gratificante. Jamás miraría a nadie por encima del hombro, nunca lo vi lícito, pero hoy tenía el poder y una libreta en la mano con más de cincuenta candidatos a los puestos que ofrecíamos. Hoy mandaba yo. Hoy mandábamos nosotros.

Bruno buscaba un barista profesional. Asumí que no requeriría mucha experiencia porque él mismo le enseñaría todo lo que sabe. Era la tercera generación de baristas; por sus venas caféina y sangre, como me comentó un día. Me echaba un poco para atrás esa imagen, pero era poético. Lo anoté en una servilleta y juré introducirlo en una novela algún día. Él, de las ganancias totales, pagaría a su ayudante. A Abbie no le hacía mucha gracia pseudo dividir el negocio, pero nosotros nos llevaríamos mejor así. Ahora que las aguas estaban calmadas, no queríamos mezclar negocios con la posible relación de amistad que estaba surgiendo de eso. Abbie no lo entendía porque ellos dos se llevaban de maravilla. E incluso algún día le vi ponerle ojitos a mi novia. Meses más tarde, cuando alguien le quitó a Abbie de la cabeza, me confesó que era verdad, que llegó a confundir sentimientos por ella. No me importó. Era comprensible. Abbie es perfecta.

A las nueve y cincuenta y nueve chocamos los puños y fingimos una explosión entre ellos porque hoy sí, éramos los dueños y los jefes de nuestra propia vida. Sin miedos, con las riendas y las heridas curadas. Con Marina en el recuerdo. Con mi familia en el olvido. Lo único que me quitaba el sueño era no saber nada de mi abuelo. Qué orgullosos estaría de este momento. A las diez en punto se abrió la puerta y entraron dos chicos jóvenes. Abbie les mandó sentarse en el sofá de la esquina y les ofreció un vaso de agua. Una chica entró instantes más tarde. Hasta las tres de la tarde el flujo de gente siguió hasta completar la lista.

—¿Por qué quieres trabajar aquí? —dije a uno de mis candidatos favoritos.

—Porque mola —dijo soltando la mandíbula y riendo.

Taché su nombre de la lista.

—¡Vaya! Ese no tenía ni un pelo de listo —me dijo Bruno al oído.

Tuve que reír y aproveché para parar un rato. Habíamos visto a doce personas antes de hacer el primer descanso.

Cuando hablaba con Abbie y estiraba las piernas caminando en círculos por la barbería, entró una chica asombrosamente guapa. Tenía el pelo rosa, ojos azules y una piel exquisitamente pálida. Sus manos estaban cubiertas de tatuajes y anillos y a pesar de la dureza de su apariencia, caminaba ligera.

—Apuesta —me susurró Abbie—. ¿Peluquera o camarera?

—Buscamos barista, cariño. Y esta viene a verme a mí —dije arqueando la ceja izquierda.

Me acerqué por detrás y le di un suave golpecito en el hombro. Vale, no es cierto. Le acaricié la espalda pero en mi defensa tengo que decir que la llevaba descubierta y todo pareció mucho más siniestro de lo que en mi cabeza se cocía.

—Hola. ¿Vienes por la entrevista?

—¡Hola! —dijo entusiasmada— Sí, ehmm... en el anuncio ponía que buscase a, ¿Hugo?

—¡Bruno! —grité.

—¿Sí? —dijo Bruno desde el sofá— ¿Me has llamado?

—Pues bueno... Ahí le tienes —le dije— Buena suerte.

Me giré con los ojos como platos por el ridículo del momento. Volví con Abbie, que no me quiso besar por la escena de empresaria seductora que había querido marcarme.

—Amor, te quiero —me susurró— Pero se te da fatal ligar. Menos mal que ya no te hace falta —rió.

Bruno me dejó el resto de las horas sola, mientras él entrevistaba a sus futuros posibles empleados en la barra. Seguí tachando nombres de mi lista. Me encontré de todo. Desde barberos amateurs que cortaban el pelo a sus amigos en sus casas y hacían dibujos abstractos a cuchilla, degradados y tintes de colores, hasta profesionales súper elitistas que habían llegado a trabajar en el mundo de la moda. Los últimos no me daban confianza. Si estaban en paro después de haber trabajado para los grandes, por algo sería. Los primeros, sin embargo, me recordaban un poco a mí. No yo no me iba a dedicar a cortar el pelo a nadie, ni a rebanar yugulares. Abbie era la prueba viviente de que no debía hacerlo. Opté por ser la persona responsable y seria que siempre quise ser y busqué el equilibrio. Al fin y al cabo en el equilibrio está la virtud.

Seis peluqueros y barberos para seis butacas de cuero teñido de celeste que había encargado Frank a una empresa de Milano. Mi primera elegida fue Ágata, una artista urbana y tatuadora que estudió Bellas Artes en Florencia. No, no tenía ni un solo tatuaje, pero trajo su book y era impresionante. Bromeé con Abbie sobre hacernos un tatuaje a juego y nos llamó “princesas románticas”. La quise de inmediato. Cuando le pregunté por qué quería trabajar aquí me dijo que la estética es la primera impresión de un alma que quiere revelarse, que por eso tatuaba y pensó que el pelo era un lienzo que se renovaba con el paso del tiempo. Tenía razón. Era como un rollo de papel ilimitado donde podrías conocer a su portador con cada visita. Esta tía debía haber estudiado filosofía.

Los hermanos, Tony y Marco. Calvos y con bigote. Tony era bastante más alto que Marco y también era el más joven. Marco había sido colorista en varias peluquerías y Tony era un experto en barbas. De hecho, él mismo aseaba los bigotes de ambos. Tan perfectos que parecían postizos. Buen currículum y dispuestos a darlo todo. Lo mejor es que traían una cartera de clientes bastante amplia. Eran de birras al salir de trabajar, se conocían a media ciudad. Me prometieron no beber durante las horas de trabajo. Solo espero que ese comentario fuese broma.

Carlo era el más joven de los que contraté. Tenía dieciocho años y acababa de terminar el grado de peluquería. Lo cogí porque llevaba participando en concursos de estética desde hacía tres años mintiendo con su edad. Ganó uno de ellos y lo descalificaron cuando le pidieron los datos para entregarle el premio. Imagina una barba de purpurina azul: una locura. Joder, quería locos en mi barco. Aquí estábamos para romper moldes.

Anna. Qué decir de Anna. Era... diferente. Tenía un larguísimo pelo rubio siempre anudado en un moño alto y sonreía mucho. Trabajó, según su currículum, en la peluquería de su hermana hasta que tuvieron que cerrar porque se quedó embarazada y prefirió vivir de su marido. Claro, dejó a Anna en paro después de cinco años trabajando para ella. Eh, sin finiquito. Total, eran familia. Me gustó desde el principio y no tuve que darle muchas vueltas.

—¿Por qué quieres trabajar aquí? —le pregunté como a todos.

—Porque no quiero parar de crecer y de crear. Voy a darte lo mejor de mí porque yo también quiero lo mejor de mí.

Tuve que hacerlo.

Y por último, Aristo, el hombre más grande que había visto nunca. Jamás pensé que unos músculos podrían desarrollarse tanto. Medía cerca de dos metros y tenía una barba espesa que se juntaba con una melena rubia ensortijada. Me contó que era un ex militar del ejército de tierra, que llegó a comandante y que él mismo cortaba el pelo a los soldados nuevos. Se retiró porque se

enamoró de Alessandro, el pastelero del pueblo de su madre. Ahora estaban felizmente casados y tenían un perro llamado Napoli. Montó su propio estudio de estilismo en el pueblo pero decidieron mudarse a la ciudad porque querían buenos colegios para el niño que esperaban. A finales del año que viene viajarían a Vietnam a buscarlo. Estaban entusiasmados. No puedes juzgar un libro por su portada.

—Voy a cuidar este lugar como si fuese mío. Si me dejas, cortaré el pelo de mi pequeño cuando crezca aquí mismo. Será señal de que todo está bien —me dijo.

Cerré la libreta porque ya tenía mi equipo.

Estábamos a cinco días de la inauguración.

Capítulo once

Resultó que la chica del pelo rosa se llamaba Dana y se había pagado los estudios de psicología trabajando en la cafetería de un prestigioso hotel del centro.

—Y hace yoga, le gusta el mar, va cambiando de color de pelo cada mes aunque con el rosa de ahora lleva dos meses porque le encanta y sabe llevar tres tazas en una mano.

—¿Con platillos y cucharillas o solo las tazas? —le pregunté a Bruno tras dos horas de monólogo sobre lo perfecta que era su nueva ayudante.

—¿Por qué parece que me estás vacilando?

—Porque lo estoy haciendo, “lince” —bromeé—. Me da igual a quien cojas siempre y cuando estés seguro que lo haces porque es una profesional y no por su delantera.

—¿De qué habláis? —dijo Abbie desde la cocina.

—De la delantera de Dana —gritó Bruno desde el sofá.

—Hummm... ¿por fin tenéis algo en común vosotros dos? —dijo Abbie trayendo una bandeja con panecillos y queso —. Bueno, ¡a comer!

En ese mismo instante me acordé de mi abuelo. No sabía nada de él desde la primera y única postal. Tenía la corazonada de que algo iba mal. Abbie había intentado sacar esa idea de mi cabeza diciéndome que las malas noticias vuelan, que si algo le hubiese pasado ya lo sabría. Tenía razón, pero también era cierto que a mí no me hubiesen llamado si algo le hubiese pasado. No creía a mi madre capaz, pero después de un mes sin saber nada de ella, pensaba que tampoco era del todo descabellado que me ocultase algo así. Me levanté del sofá.

—¿Te vas? —me preguntó Abbie con migas de pan en los labios.

—Voy a buscar a Luca, luego te cuento.

—Bueno, más para mí —dijo Bruno untando más queso del que se podía meter en la boca.

—Llámame, ¿vale, amor?

La besé, busqué las llaves del coche en su bolso y salí corriendo.

Era un día nublado de noviembre. A dos días de abrir la barbería por primera vez. La casa de mi madre estaba a unos cuarenta minutos de mi piso si conducías de manera legal. Le pisé y llegué en treinta. A decir verdad, diez minutos más o diez minutos menos, no me iban a solucionar nada si realmente algo iba mal. Cuando llegué a la urbanización, aparqué a dos casas de la de mi madre. No quería que me viesan por las cámaras. Además, León era muy dado a estar en el balcón fumando. Llamé a Luca por número oculto porque a veces el capullo de mi hermano lo cogía por él. Lo jodido es que tenían una voz muy parecida, pero no hablaban igual. León siempre más: más agresivo, más seco, más idiota.

—¿Sí? ¿Quién es?

Era Luca. Bien.

—Soy Gaia. ¿Estás en casa?

—Sí.

—¿Puedes bajar? Te recojo con el coche una casa más abajo. Donde la señora Coblan.

—Está León en la sala. Me invento algo y salgo.

Luca rara vez iba sin León a ningún sitio. Siempre tuve la teoría de que Luca tenía su cordón umbilical enganchado a León en vez de a mamá, porque esa dependencia no era ni medio normal. Siempre estaba a la sombra. Bajé cuesta abajo con el motor apagado para no hacer ruido. Le esperé siete largos minutos hasta que le vi por el retrovisor saliendo de la verja con las manos en

los bolsillos. Se subió al coche y no me dijo nada hasta que alcanzamos la autovía dirección a la playa.

—¿Estáis bien? —le pregunté por educación.

—Sí, ya sabes. Clase casa y casa clases.

—¿Y mamá?

—Bien. Ahora no estaba en casa. Ha ido a una entrevista de trabajo al bufete de un profesor de León.

—Vaya. Eso sí que no me lo esperaba.

Aparqué entrando un poco en la arena y bajé del coche esperando a que Luca hiciese lo mismo. Estuve otro buen rato esperando que saliera sentada en el capó. Tuve que girarme y decirle que saliera. Cada vez estaba más segura de que al abuelo le había pasado algo.

—Vamos, Luca. ¡Sal por Dios!

Vino tímido. Otra vez con las manos en el bolsillo. Se puso a mi lado y vimos un rato las olas romper en la orilla. Unas nubes grises amenazaban en el horizonte.

—León sabe que estoy contigo —me dijo casi susurrando.

—¿Por eso estás así? ¿Te ha dicho algo?

—No, no me ha dicho nada malo, pero se ha enfadado.

—Luca, no he venido a complicarte la vida. Solo quiero saber si el abuelo está bien. Y si no lo está me lo dices, aquí y ahora, porque yo nunca me he enfadado contigo de verdad y después de este mes, créeme que puedo ponerme mucho peor que el estúpido de tu hermano.

—¿El abuelo? No... no lo sé. Mamá no quiere saber nada de él y no le hemos visto desde la cena de ese día —dijo asombrado.

—Luca, a ver. Mírame. ¿Seguro que no sabéis nada de él?

—¡No! Y yo quiero, porque lo que hacen mamá y León no me gusta. Tampoco me gusta cómo se están portando contigo. Yo no quiero estar así, ya te lo dije el día que estuviste en casa.

Sentí un profundo alivio, casi el mismo que cuando pensé que Abbie iba a dejarme. Le abracé tan fuerte que no distinguía mi cuerpo del suyo. Me dió un par de palmaditas en la espalda, cuestionándose, creo, cuándo fue la última vez que le abracé así. Que yo recuerde, nunca. Le hablé de la barbería, de Bruno y de lo bien que estaba ahora con Abbie. Nos descalzamos y paseamos por la orilla recordando a la abuela. No lo parecía, pero Luca tenía una memoria excelente. Había cosas que yo no recordaba, a pesar de ser mayor que él. Ese fue el día que me enteré que Luca siempre se escondía debajo de la cama de la abuela cuando jugaba con León porque así podía escuchar las historias que nos leía el abuelo. Yo que pensé que lo hacía porque era el único sitio donde a León no le hizo gracia entrar.

Antes de volver a casa pasamos por la barbería. Ya habían colocado el rótulo en la fachada, exactamente como el que diseñó Abbie para la pared del fondo del piso de arriba. Le gustó.

—Luca, si quieres puedes venir a cuando abramos. Te afeito ese bigotillo yo misma —le dije riéndome.

—Claro. Vendré.

—¿Qué le vas a decir a León y a mamá?

—La verdad: Que te va muy bien.

Capítulo doce.

A un día de la apertura se me ocurrió la brillante idea de que Bruno debía cortarse el pelo. Venga, hasta yo me iba a peinar para ese gran día. No podía permitir que mi barista, el que iba a hacer de mi barbería un sitio exclusivo, estuviese con esas pintas. Un hippie desarrapado, que diría mi abuelo. ¡Menuda vergüenza! Llamé a Aristo y se plantó en la barbería en veinte minutos. Vino acompañado de su marido, que trajo pasteles.

—Alessandro, tú y yo ya hablaremos —le dije tras comerme uno.

Lo que me faltaba, café y bollitos.

Sé que Bruno se asustó al ver aquel armario empotrado con unas tijeras en la mano, pero era un hombre asombrosamente delicado teniendo en cuenta lo corpulento que era. Podría entrar en una cristalería, recorrerla entera y salir sin problema. Le humedeció el pelo y se lo desenredó a conciencia. Con el pelo liso le llegaba algo más abajo que los hombros. Le cortó hasta el lóbulo de la oreja y cogió la maquinilla.

—¡Eh! ¡No te pases! Soy como Sansón. No se me puede cortar tanto el pelo.

—Calla, cafetero —le dijo—. Confía en mí y tendrás a Dana en tus redes de cafeína en menos de lo que rasura esta monada —dijo mirando la maquinilla.

Joder, cortó mucho. Ahora Bruno parecía un anuncio de calzoncillos o un futbolista famoso. Aristo le recortó la barba y se la perfiló a navaja. Estaba sufriendo por ello. De verdad, es que si lo hubieseis visto os hubiese parecido algo así como un mono con dos pistolas. Yo sabía que hacía un excelente trabajo, pero verlo en directo era todo un espectáculo.

—Vaya, Aristo, tío. Si parezco hasta guapo.

—Eres muy guapo —dijo en alto Alessandro lanzándole un guiño.

Bruno se miró al espejo una vez más y se pasó los dedos por el pelo, como siempre, pero esta vez sin estirarse la frente. No estaba nervioso, estaba encantado.

Esa noche invitamos a todos a cenar a casa. Tony y Marco trajeron cervezas, pero sin alcohol porque tendríamos que madrugar al día siguiente. Toda la sala olía a tinte porque Dana acababa de darse rosa en las raíces para estar perfecta al día siguiente. Anna y Carlo resultaron ser conocidos porque el hermano de ella era amigo de él, del instituto. Juro que había química entre ambos, y qué es la edad en estos casos más que un número insignificante. Ágata nos trajo un libro de bocetos que ella misma había hecho para parejas. Se tomó muy serio eso de que Abbie y yo nos quisiéramos tatuar. Aristo vino sin Alessandro, pero trajo en su nombre una bandeja de croissants rellenos de chocolate que no tenían desperdicio ninguno.

—Pues me da igual que sea de noche, con vuestro permiso voy a hacer café para esos pastelitos que nos ha traído Aristo —dijo Dana levantándose.

—Y bien que haces —le dijo Bruno—. Para algo te pago.

No hace falta que os cuente cómo acabaron estos dos de enamorados. Aunque esa es otra historia.

Esa noche no pude dormir. No sé si fue el café, los nervios de abrir al día siguiente o que mi abuelo seguía sin dar señales de vida. Abbie me abrazó como hacía tiempo. Todo lo que habíamos vivido este mes había trastocado nuestras vidas, pero no a peor. No al menos por ahora.

—Abbie, ¿qué vas a hacer ahora? Ni se te ocurra dejar la fotografía, ¿me oyes? Eres una gran artista.

—Tranquila —dijo bostezando—. Te va a ir tan bien que vendrán famosos a cortarse el pelo

y ahí es cuando yo pasaré a ser la fotógrafa de moda —rió adormilada.

—Te quiero muchísimo, Abbie. Gracias por esto.

—Yo también te quiero, amor.

Me levanté con los rayos anaranjados de las seis y me alisé el pelo. Los croissants de Alessandro aún estaban tiernos. Salí de casa a las siete cuando Abbie y Bruno aún dormían. Me di una vuelta por la ciudad, sin rumbo concreto y no me importó en absoluto.

Capítulo trece

Los platillos encima de la barra estaban ardiendo. Dana los acababa de sacar del lavavajillas y empezó a montar las tazas con las cucharillas y los terrones de azúcar moreno. Abríamos en una hora y todo tenía que estar perfecto.

—Recordad que hoy trabajamos gratis, será duro, pero hay que mantener la sonrisa y las maneras en todo momento. Aristo, confío en que me mantendrás a la tropa lista para trabajar.

—¡Señor, sí, señor!

Les había comprado unos uniformes estupendos. Para mis peluqueros, un mono negro con bordes celestes a juego de las butacas. Para Bruno y Dana, un traje negro con corbata y el mismo tono de azul. Cada uno llevaba su nombre bordado en la solapa.

No podía estarme quieta, estaba nerviosa. Recoloqué las tarjetas de visita, las libretas y hasta el sofá de la planta baja. Subí y bajé las escaleras al menos tres veces. Para asegurarme que desde el ático se veía bien la planta baja. No sé por qué lo hice tantas veces, si la visión siempre iba a ser la misma. Comprobé las reservas de leche mientras escuchaba a Bruno refunfuñar detrás de mí diciendo que ese era su trabajo. Y, para colmo, Abbie no llegaba.

—Bruno, por favor, ¿dónde se ha metido Abbie? Debería estar aquí ya, abrimos en media hora.

—No tengo ni idea —dijo moliendo los granos que había comprado esta mañana—. Ha salido de casa antes que yo y se llevó el coche.

—¡Pero qué le pasa! Me estoy poniendo histérica. ¡Dana, un café por favor! Descafeinado porque me va a dar algo.

—Todo va a salir bien, jefa —dijo Ágata frotándome la espalda.

—Te juro que como no venga no me tatúo —bromeé intentando calmarme.

Faltaban cinco minutos para la apertura de puertas y me había quemado la lengua con el café de Dana. Me metí un hielo en la boca y lo mareé como un caramelo hasta que se me derritió por completo. Abbie ya podría darme una buena explicación para esto. La gente se aglomeraba en la calle esperando. No era ni de lejos un triunfo, cualquier persona pararía frente a un cartel que pone INAUGURACIÓN: CAFÉ, AFEITADO Y CORTE DE REGALO. Había gente que hasta llevaba la barra de pan encima. Pobres diablos que salían a hacer los recados matutinos y los engatusé con mis encantos de empresaria. Mira, la única vez que mis letras atraparon a alguien.

Las nueve y cincuenta y nueve. Diez segundos para la abrir las puertas. Nueve. Ocho. Abbie sin venir. Seis. Cinco. Espero que no venga mi familia. Tres. Dos. Luca, sí. Abierto.

De la primera media hora no me acuerdo. Sé que sonreía mucho y que la gente me decía lo bonito que estaba todo aquello. Los sofás, el de la entrada y los del fondo, estaban repletos de gente que charlaba y hojeaba revistas mientras tomaba café. Dana puso una buena música. Arriba trabajaban a destajo. Se escuchaban maquinillas y secadores. Cuatro personas salieron pidiendo cita para el mes que viene. Aprovechando que la Navidad se acercaba, querían asegurarse ya la reserva. Definitivamente era un genio de los negocios. La barba azul con la que ganó Carlo causó furor. Como no le dieron el premio en su día, decidí imprimir las fotos del modelo y enmarcarlas para decorar la entrada. Llegué a tener tres reservas para ese look, en naranja, en rosa y en ese mismo azul. Yo con como quiera ir la gente no me meto.

A las once y media entró otro extenso grupo de gente. Se ve que en Twitter alguien había colgado la dirección de la barbería con el hashtag #cosasgratishoy. Teníamos que hacernos una

página web, eso estaba claro. Volví a pensar en Abbie y en sus fotos. También en por qué no estaba y por qué no cogía el teléfono.

Eran ya las doce cuando Luca entró por la puerta. Venía hecho un pincel y se lo agradecí porque sabía que cuando se vestía así era porque algo le importaba.

—¡Está lleno, tata! —hacía años que no me llamaba así.

Le abracé algo menos fuerte que el día que fuimos a la playa.

—Sí —resoplé—. Parece que todo va bien. Ven, sube conmigo que te presente a los chicos. Bueno, aquí abajo está la barra. Esa es Dana y ese es...

—¡Abuelo! —gritó.

—No, es Bruno —dije confusa.

Me di la vuelta para mirar a Luca y lo vi. Mi abuelo había vuelto. Me clavé las uñas para saber si era cierto lo que estaba viendo. Me hice daño y el abuelo seguía ahí. A su lado estaba Abbie, sonriendo. Luca se abalanzó hacia él como nunca le vi hacerlo. Cuando se soltaron vino hacia mí, levantando sus manos ajadas y apretándome en su pecho. Qué guapo estaba. Qué bien olía. Cómo le había echado de menos. Se me cayeron dos lagrimones a su hombro derecho. Aparté el agua salada de mis ojos con cierta vergüenza y pudor porque la barbería estaba llena de gente.

—Lo hiciste, Gaia. Me hiciste caso y mira esto. ¡Qué te parece! Es realmente bonito este sitio.

—¡Abuelo! —volví a echarme a sus brazos—. No sabes lo que te he echado de menos. No sabes lo mal que lo he pasado. Pero ya te contaré todo más tarde. Ahora cuéntame tú, dónde has estado. ¿Cómo has venido hasta aquí?

—Oh, hija. Es una larga historia. Tu querida novia me trajo hasta aquí. La llamé por si podía venir a buscarme al aeropuerto. Iba a venir en dos días, pero me dijo que esto era hoy y aquí estoy. No iba a perderme este momento. A la que no veo es a tu madre ni a tu hermano.

—Que te lo cuente Luca, abuelo —le dije poniendo los ojos en blanco—.

—Ya, ya me contarás. Ahora lo que vas a hacer es arreglarme las patillas que viene en dos días mi novia a verme —rió.

—¡¿Novia?! ¿Qué novia?

Me contó lo de su viaje a Amsterdam, que comió algo raro, como él lo llama, y que acabó desmayándose en medio de un bar. Lo llevaron al hospital de urgencia, solo, sin hablar holandés, con una carta encima que no quería soltar. Cree que le dijeron que estuvo doce horas durmiendo, luego pudo confirmar que fueron dieciséis porque Lieke, enfermera del hospital, leyó la carta y pidió llevar su tratamiento al suponer que estaría solo.

—Habla cinco idiomas, te va a encantar con lo que tú eres — me dijo.

Se enamoraron un día paseando por el jardín. A mi abuelo ya le iban a dar el alta porque lo único que tuvo es una bajada de tensión, afortunadamente nada grave. Con todas las buenas intenciones, estuvo buscando la noche anterior al paseo la manera de decirle en su idioma que quería volver a verla. Entre tartamudeos y vistazos al papel donde se anotó las palabras, Lieke le besó.

—Quiero ser como tú de mayor —le dijo Luca ojiplático.

Entristecí al pensar en la abuela y que apenas había pasado dos meses desde su fallecimiento.

—Gaia —me dijo el abuelo como si me leyera los pensamientos—. Tú sabes que la abuela es el amor de mi vida, ¿verdad? Me fui porque todo lo que viví desde que la conocí tenía su nombre y ahora ella no está. A nadie se le hace más difícil que a mí haberla dejado ir.

Tenía razón. Qué iba a saber yo de él y de nada si él era el que había estado durmiendo a los pies de su cama más de media vida.

Le di la mano y le llevé al piso de arriba. Mientras subía las escaleras tuve tiempo de lanzarle

un beso a Abbie desde la distancia. Ella respondió con otro. Jamás pensé que el motivo de que llegase tarde sería algo como esto. Senté a mi abuelo en la butaca de Aristo y le puse una capa por encima. Bruno subió.

—Caballero, ¿café? —le preguntó Bruno.

—Oh, sí, joven. Americano, por favor.

—Marchando.

Cuando Bruno volvió con el café, mi abuelo ya había hablado con Aristo sobre el tipo de patillas que quería. No muy largas, perfiladas y acabadas en punta. Era un presumido.

—Abuelo, has de saber que mamá no me habla y que está muy enfadada contigo. También León.

—Esos dos no entienden que la vida es mucho más que dinero. Lo sabré yo —dijo antes de dar un sorbo al café—. Vaya café bueno, solo por esto podría quedarme en la ciudad lo que me queda de vida.

—Yo solo espero que pase el tiempo y ya sabes, pelillos a la mar.

—¡O pelillos al café! —dijo a carcajada limpia.

—Espera, abuelo. Ese es muy buen título para una novela.

Agradecimientos

A quien estuvo mientras empecé a cocinar esta historia a contrarreloj.

A D., que me hace creer que todo lo puedo.

A ti que me lees.